

# Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XL

San José, Costa Rica

1943

Sábado 21 de Agosto

No. 15

Año XXIV — No. 967

## Contenido:

|                                                     |                  |
|-----------------------------------------------------|------------------|
| Rómulo Gallegos, el rapsoda de la llanura           | Manuel Torre     |
| Lección de fe                                       | Rómulo Gallegos  |
| Leyenda de los Infiernillos de San Vicente          | Mercedes Maiti   |
| El "Rompan filas" de la 3ra. Internacional          | Haya de la Torre |
| Qué hora es?                                        |                  |
| El poeta y el filósofo o la pedagogía de la memoria | Domingo Casanova |
| Una clase de urbanidad                              | Calibán          |
| Un homenaje a Silva                                 |                  |

|                               |                         |
|-------------------------------|-------------------------|
| Recuerdo de Silva             | B. Sanín Cano           |
| Roberto Ibáñez o la exactitud |                         |
| 6 poemas                      | Roberto Ibáñez          |
| Un poema de tu nombre         | Carlos Luis Sáenz       |
| Ensueño y nostalgia           | Arturo Agüero Chaves    |
| Sobre el trabajo              | Alfonso Reyes           |
| El mango e a celaje           | Francisco Luarca        |
| Canción para Nina Onilova     | César Andrade y Cordero |
| Noticia de libros.            |                         |

Está, entre nosotros, el autor de *Doña Bárbara*. Y es justo recibir con honor a quien honor merece. Seguramente el alma de Florentino Quirope, se sentirá satisfecha con el sincero homenaje de los escritores de México a su creador. Rómulo Gallegos, es el poeta de la pampa venezolana, de esa infinita sabana, de otros pardos, ríos caudalosos, caimanes, centauros, pájaros de admirable plumaje, canciones irónicas y arrestos bravíos. Como prosista, es hoy el primero del Continente. Si sus novelas tuvieran más argumento, más acción, este género podría brindar al mundo, un indiscutible maestro. Hemos dicho "acción" y esto no significa que sus obras carezcan de ella, sino que son de endeble envergadura, de argumento limitadísimo y en ocasiones, sin él. Transcurre ese maravilloso "diálogo" en el que Gallegos no tiene rival actual, con una exhibición de tipos populares que son aguafuertes excelentes, pero a excepción de la figura central de Doña Bárbara, se esfuma en la acción como personajes secundarios, sin un tipo básico vigoroso. Hay en las obras de Gallegos un colorido espléndido, una riqueza de léxico pocas veces vista y un vigor descriptivo notable. Pero falta el "héroe" definitivo, capaz de pasar a la inmortalidad como Don Segundo Sombra o Martín Fierro. La misma Doña Bárbara, se nos antoja desvaída e incompleta. Diremos en seguida por qué.

De toda la producción de Gallegos, que no es numerosa, pero sí en calidad, destaca *Doña Bárbara* como un soberbio tributo a la sabana del Arauca. El hato de Altamira, manejado virilmente por la mujer-centauro "fustaneadora de hombres" resurge de su marasmo cotidiano con el arribo de Santos Luzardo, heredero de rica hacienda pegujalera, que vuelve, tras mil pleitos perdidos, a recoger los residuos hogareños. Le salen al paso, los fantasmas de la llanura, que a modo de almas en pena, milagreras y custodias de los lares (La Llorona, El Anima Sola, La Sayona) le anuncian los primeros peligros de su audacia. Luzardo pretende cercar con alambre de púas su hato. Los tipos del inmenso llano, Melquiades, Balbino, Juan Primito y el "gringo" Danger forman una valla de honor en torno a la "devoradora de hombres". Luzardo sabe el triste fin de los Barqueros, consumidos por la estirpe Doña Bárbara en venganza de amos y honor. Lorenza Barquero, reducido ella, pagó con la vida su pasión. Ni la ley ritual ni el juez aciertan a dar razo-

## Rómulo Gallegos, el rapsoda de la llanura

Por Manuel Torre

(De *El Nacional*, México, D. F.,  
Diciembre 10 de 1942).



Rómulo Gallegos

nes a Luzardo, ante la fría impassibilidad de "la señora del Llano". Cuando el nuevo pleito se perfila y el odio parece engarfiar una vez más las manos de los llaneros sobre el intruso, una pasión sutil, nacida poco a poco en el alma concentrada y arisca de la amazona silvestre, arriesga un armisticio. En el campo, los peones fieles, especialmente "el Brujeador" se disponen a echar mano a los revólveres para acabar con el recién entronizado. Mister "Peligro" (Danger) el americano, es otro sombrío obstáculo, por la propiedad que cultiva en la llanura de Altamira. Cuando todo parece conjurarse contra Santos Luzardo, surge la figura gentil de Marisela, la hija de Doña Bárbara, cuyo corazón cautiva al viajero. Se entabla la sorda lucha en el alma bravía de la esfinge de la sabana. De un lado, su creciente amor al intruso. De otro el amor de su hija querida hacia el hombre arrogante que desde el primer instante la hechizara. El peón mercenario y fiel, aquel "Brujeador" que fué lanzado contra Luzardo astutamente, halla su propia muerte por mano alevosa, en cuya arma se adivina el deseo póstumo de perdonar al condenado a muerte y matar al confidente de la conjura. La hosca soledad de aquel corazón árido, halla al fin el rocío que fecundiza sus veneros. Y cuando el arma apuntaba al corazón de Marisela, tras la ventana del rancho, en disputa fuera del rival querido, cae de las manos, un inefable perdón inunda el alma, con las primeras lágrimas de piedad, de una vida yerma. Así Marisela podrá guardar al hombre amado para siempre. Y una tarde la devoradora de hombres, monta en su yegua ligera y se pierde en las riberas del río, en cuyo vórtice, unos remolinos de aire, gargolean un instante, haciendo suponer que algo pesado y definitivo cayó en su seno para la muerte. Una carta-testamento hace a Marisela dueña de Altamira. Y con la "muerte del centauro" llanero, como quería Barquero, con el sombrío recogimiento de los peones, con la marcha de Mister Danger, queda libertada la sabana de todo maleficio.

El alambre de púas, recién llegado y listo para tenderse es ya innecesario. No hay que cercar la llanura, sino el corazón superviviente. Y son los brazos de Luzardo, muy suficientes, cruzados sobre el cuello de Marisela, para limitar en apoteosis de amor, la paz anhelada por todos. La figura de Doña Bárbara—dijimos—se esfuma en la obra algo borrosa. No tiene el poderoso relie-



ve que su soberbia pintura anticipa. Su suicidio o desaparición es cobarde e impropio de un alma de su reciedumbre. Sin embargo, toda la novela es un prodigio descriptivo. Las pinceladas sobre el maleficio de la sabana, sobre la persecución de las reses y aquella marcha de Doña Bárbara "cambalgando a marchas forzadas hacia el espejismo de un amor imposible" quedan en las letras como trozos insuperables.

*Cantaclaro* es la odisea de Florentino Quitapesares, el centauro errabundo, fantaseador, libérrimo y coplero, que "con la cruz sobre el bostezo, se va santiguando el hambre". Ni los tigres, ni los espíritus, ni las torvas corrientes de los ríos, ni los cuchillos rivales, pueden con Florentino a lo largo de su epinicio llanero. Es preciso que el Diablo en persona y con graves dificultades, lo desafíe y a traición cargue con el lastre asendereado de su alma. Florentino pasa por el Hato Viejo, por Cunaviche entre Juan Parao, Juan Crisóstomo Payara, Rosángela, Tereso Coromoto, Juan Belén... La última etapa de su vida andariega, es una oblación a la causa, todavía virgen, de la libertad. La refriega lo fortalece. Los caminos se estremecen al paso de las hordas que piden pan y justicia para un mañana mejor. La muerte, una muerte obscura y heroica del "negro" Juan Parao, el soñador idealista, convence a Florentino de la esterilidad de la lucha fraterna y tomando un camino cualquiera de la llanura, se pierde para siempre en el confín inhóspito. La leyenda lo acoge y lo inmortaliza. Allí se queda, rumiando soledad y tristeza su fiel caballo retinto, que fué su confidente "caballo del relincho de oro, clarín del alba sabanera, que ya más no sonaría"...

En *Canaima*—la epopeya del Orinoco—Marcos Vargas es un "pionero" audaz de la estirpe de Alonso de Ojeda. A los veintidós años abandona Ciudad Bolívar, rumbo al azar aventurero. La tierra del oro y de "los hombres machos" el Yuruari, lo recibe. Los Ardavines, terror de la comarca, le salen al paso en su primer riesgo. Pero Marcos Vargas, viril y astuto, nulifica en el primer embite el maleficio que la hombría de los Ardavines pensaba poner sobre su persona. En adelante tendrá un buen empleo como caminero de los ricachos. Morirá asesinado Manuel Ladera, el caminero rival. Y Marcos Vargas se librará con su serenidad y valor de las nuevas y reiteradas asechanzas de los senderos. ¡Una mujercilla ambulante, Araceli La Bordona, sincera y leal para él le brindará su amor errabundo! La vida de la selva—hambre, miseria, paludismo, serpientes, sol abrasador—despertará en Marcos Vargas, como en Florentino Quitapesares, sed fraterna de liberación de los esclavos. El maleficio de Canaima, el "tabú" de la selva virgen inicia su tentáculo. En lo más agrio y hostil de la manigua planta su tienda. Son sus únicos confidentes, los "gomereros" del hule, las culebras venenosas, las lianas, la tremenda humedad y el calor asfixiante. En sus brazos sucumbe el peón fidelísimo Encarnación Damesano, roído por el horrendo "mal de la selva". Bajo el fulgor espectral de la luna, danzas silvestres de los indígenas, que a sueldo misérrimo, roban a los árboles la goma blanca que hace ricos a los patrones. Un amor extraño, el de Aymara la indígena, le sigue silencioso, en sus jornadas solitarias nocturnas. En el corazón de la selva cauchera, Aymara, es el último oasis de Marcos. El beso largo que aquella boca febril le brindara, era como una revancha de todas las torturas silvestres. Y un día, inesperadamente, lo mismo que Florentino Quitapesares, por un misterioso camino, rumbo a la eternidad, Marcos Vargas abandonó las tierras del Orinoco, donde arrastrara una existencia dolorosa sin fruto y se perdió para siem-

# John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

## AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

pre. Tiempo después, en los mismos lugares, donde la sumisa Araceli, cansada de esperar a su hombre, casara con un ingeniero inglés de El Callao, arribó un apuesto joven, mestizo, de miembros musculosos y acerado mirar. Aquella "esperanza fallida, aquella fuerza atormentada" queños atrás se llamara Marcos Vargas, dejaba llegar su propia sangre, con el hijo de la selva, heredero de los arrestos y desventuras de ayer. Así pasó por la vida y la obra, el llanero solitario, soñador, sentimental, iluso y valiente, que dejó en las glebas del Yuruari, una luminosa estela de poesía y de leyenda.

Y como Florentino Quintapesares, como Marcos Vargas, como Santos Luzardo, como Reinaldo Solar, como los centauros de la sabana venezolana, tristes, duros, hoscos, de alma infantil y corazón de león, pasa Rómulo Gallegos por su obra directa, como un colorista supremo, dejando en retazos, croquis y diálogos, las irisadas gemas de un dialecto pintoresco, fácil, amenísimo. Nada importa, al cabo, que en sus obras el argumen-

to falte. Inspirado en Eustasio Rivera, cuya *Vorágine* semeja la primera parte de *Canaima* y *Cantaclaro*, Gallegos es un apóstol de la selva virgen, de las riberas fecundas del Orinoco, de los polvorientos caminos llaneros, de las luchas jocundas y violentas de amor y dolor. Y eso es lo que perdurará de su obra, el espléndido fragmento, cuya asombrosa luminosidad, deslumbra.

Los creadores de *Los de abajo*, *En la rosa de los vientos*, *El Indio*, *Trópico*, *La rebelión de los colgados*, *El águila y la serpiente*; los forjadores de los frescos de la Secretaría de Educación, la Casa de Cortés de Cuernavaca, el Castillo de Chapultepec, el palacio de la Suprema Corte de Justicia, representantes del arte novelesco y pictórico mexicano contemporáneo, vigoroso, renovado, espléndido, deben fraternizar en artística comunión espiritual con este gentil viajero de Venezuela, que trae a Anáhuac un aliento viril con sus héroes populares y el rumor musical y misterioso de su selva engullidora y trágica.

## Lección de fe

(De Acción Democrática. Caracas, 27, junio, 1942).

No he venido a este acto escolar, término gozoso de un deber cumplido, por atender, simplemente, a un número de su programa, aunque alterado en mi obsequio a causa de anterior compromiso contrario por mí, ni aún para corresponder con la debida cortesía a la cordial invitación que para ello se me hizo, sino a sacar provecho de higiene espiritual respirando un poco de aire caldeado por aliento de juventud, así como es aconsejable que cuando se empieza a perder la flexibilidad de los músculos y la tibia lubricación de las coyunturas, se vaya a las orillas del mar a respirar sus brisas yodadas y a darle sosiego dentro de la presión de su atmósfera al corazón angustiado de años.

Esta fué mi atmósfera durante varios de los míos—los mejores de mi vida, yo lo he dicho otras veces—; aquí ayuda a aprender, como es en realidad el enseñar y compartí aprovechamiento con los discípulos más diligentes, que tal vez ignoran cuánto bien me hicieron en cambio del recibido de mí, pues aún no se me han endurecido las coyunturas del espíritu, como a muchos hombres de mi edad que hace tiempos conservadores e incluso reaccionarios algunos—¡pobres de ellos con su reumatismo articular de la ideología!—y si por allá ando ahora, haciendo otros cursos, junto con antiguos

discípulos míos a quienes no les malogré el generoso entusiasmo, ni los hice olvidadizos por amarguras de la palabra maestro—ni mejor contribución a la rectitud y a la bondad de la vida—débese a aquella larga y conveniente permanencia a orillas del mar de la juventud, respirando el rico aliento del discípulo, bañándome en las marejadas de su optimismo, contemplando el abierto horizonte de los años mozos, todo esperanzas, como ya dije de horizontes de mi tierra.

Vengo, pues, a renovar un contacto saludable; mas no quiero venir simplemente orador de festival de mi Liceo—déjeseme llamarlo así—sino maestro otra vez, con una breve pero exigente enseñanza.

Suele decirse por ahí que el único deber del estudiante es el de aprender bien sus lecciones, asistir puntualmente a las clases y presentar buenos exámenes, porque la juventud sólo es edad de adquisición y preparación y cuando no sea esto es dilapidar el tiempo presente y el futuro; pero si esto pudo ser absolutamente cierto en épocas normales, cuando los acontecimientos obedecían a un ritmo suave mediante el cual las generaciones se sucedían sobre la tierra recorriendo su destino una en pos de la otra, sosegadamente, con perfecta delimitación de los campos y conforme a una parsimoniosa distribución del trabajo, exonera-



do el joven de las preocupaciones y de las responsabilidades del hombre maduro, no lo es tanto ya en esta época de marcha atormentada hacia las vorágines sentimentales e incluso intelectuales del fin de una edad histórica.

Cuando desde ambos extremos de la lucha que se disputa el porvenir del mundo, se habla de un nuevo orden social inminente, cuando todo va dirigido no sólo a lo superficial de las estructuras políticas que mañana hayan de asentarse sobre los escombros de los pueblos que hoy se destruyen encarnizadamente, sino también hasta el fondo de lo substantivo mismo del hombre, a la revisión de la mentalidad humana para la liquidación definitiva de sentimientos y conceptos que venían componiendo nuestra actitud ante la vida. ¿Qué, si no esto, significa, por ejemplo, esa alarmante vuelta a la práctica de los rehenes sacrificados al ciento por uno, como en los más sanguinarios tiempos de la más sangui-naria barbarie y esa arrogante monstruosidad con que desde una de las naciones más civilizadas del mundo, semillero de arte adorable y de la majestuosa filosofía, se lanza hoy a todos los vientos del escándalo que si no aparecen en plazo perentorio unos determinados homicidas de un personaje siniestro serán ejecutados sumari-simamente todos los varones de una población? ¿No quiere decir esto, sencilla y tremendamente, que, con la espantosa naturalidad de los cataclismos geológicos, se está derrumbando o se ha derrumbado ya en el corazón del hombre civilizado el basamento mismo de la existencia social, el sentimiento y concepto de la responsabilidad que hasta ahora hacía imposible que al inocente se le tratase como culpable, deliberadamente? ¿Y si esto ocurre en el mundo de la cultura en nombre de un nuevo orden social, puedes tú, estudiante que me oyes, mantenerte indiferente, engolfado en los temas de Ética que te impone el programa de Filosofía y para engolfarte mañana en las teorías del Derecho?... Creo que, por lo contrario, debes alzar un momento del libro la vista para cerciorarte de lo que se esté haciendo con el mundo en que te tocará vivir como hombre responsable.

Y de lo que se pretenda hace contigo. De lo que se está haciendo ya con tu compañero en la flor de la vida, el adolescente paracaidista, el muchacho generoso a quien se le ha fanatizado a fin de que convierta en fuerza de destrucción irresponsable el poderoso aliento con que la vida le ha colmado el pecho para que sea sopro creador de Verdad, Justicia, Bondad y Belleza sobre la vasta tierra de todos. Yo estoy seguro de que tú, muchacho venezolano, no querrás entregarle tu hermosa juventud a las iras de la destrucción.

Pero sí, cuando la trágica hora suene para nosotros, si la buena fortuna no nos ahorra el escuchar la tremenda campanada, si sabrás sacrificártela, hermosamente, al ideal de la Justicia y Razón que no puede desaparecer de la tierra, sin que ésta no se convierta en morada inmundada de la bestia abominable.

No es cierto, pues, que el deber inmediato del estudiante sea el único que por ahora te obligue, porque no es de ninguna manera cierto que ello sea incompatible con las preocupaciones del hombre ante la suerte de la humanidad y particularmente del país que sea su Patria. Que si así fuese, despreocupado de la tragedia que se cierne sobre el mundo el hombre del porvenir, y precisamente el estudioso, que es en quien mejor confianza puede depositarse, perdido estaría definitivamente para la conciencia responsable el mañana de la cultura y de la humanidad.

Yo no tengo espacio aquí para un detenido análisis de las graves responsabilidades que pesan sobre este hombre, todo promesa y solemnidad de la juventud, que con su peren-

torio deber cumplido desde este fin de año escolar contempla los desastres que se le está preparando el porvenir: destrucción de la cultura misma para la cual él se prepara, remoción a fondo, hasta el remoto sedimento de la barbarie superada hace siglos, de cuanto constituye la dignidad y la majestad del hombre, desnaturalización monstruosa, en síntesis; pero tampoco podría limitarme en este momento, sin incurrir en vituperable sarcasmo, a decirle, como si nada peor estuviese en perspectivas:

—¡Buena suerte en los exámenes, muchacho!

Porque él sabe que no le hará honor a su dignidad de hombre consciente y responsable, sino quien le advierta que está rodeado de asechanzas y no es caso sereno de dejar clavada la mirada en el texto, como si sólo éste existiese para sus preocupaciones, sino de alzarla y tenderla vigilante, de cuando en cuando, al contorno azaroso. Y quien lo salude, por lo

tanto, de esta manera:

—¡Ciudadano de Venezuela, hombre de ahora mismo, de ya y para siempre, de tu conducta integral en la vanguardia del deber completo, plenamente exigente, depende el futuro de la Patria!

Y cuando allá dije muchacho y ahora ciudadano, me dirigí también a ti, muchacha, que a la gravedad del deber austero traes la dulzura y la abnegación incomparable de la mujer venezolana.

Así te saludo, estudiante reconcentrado y prevenido del Liceo Andrés Bello, donde enseñando, en inolvidable tiempo, aprendí yo que será siempre hombre irremediamente perdido aquel a quien ya no vuelva sus ojos el joven.

Por los que has mantenido puestos en mí mientras estas palabras he dicho, ¡gracias, muchacho!

Rómulo Gallegos

## Leyenda de los Infiernillos de San Vicente

(En el Rep. Amer.)

Les voy a referir la leyenda que un viejito me contó, en la cual explica el por qué se pierden las cosas en los hervideros de los Infiernillos del Volcán de San Vicente:

Cuicuitzcatl era una india anónima, de esas tantas esposas que enviudaron a causa del dardo invasor. Pertenecía a la tribu de los Nonualcos de Tehuacán (la bella ciudad india).

Huyó con su hija apretada contra el pecho... Como anónima que era, nadie advirtió su fuga. Hablaba en lengua.

Salto breñales, salvó barrancos, entre espinas y entre flores silvestres llegó hasta la falda del Chichontepec.

Cuicuitzcatl en lengua quiere decir: golondrina.

No quería la joven madre que su hija fuera pasto del conquistador. Huyó, huyó hasta donde nadie pudiera advertirla...

Quiso mejor acercarse a la morada de los dioses endemoniados. Ahí donde el agua hierve y baila feliz cuando quema: a los Infiernillos.

Cansada, heridas sus plantas y sedienta, cayó Cuicuitzcatl con su hija morena sobre un lecho de piedras coloreadas.

Las estrellas entonaron su canción de luz. La mañana besó a las viajeras con lumbre de oro. Lejos de los hombres, sólo en compañía de la belleza natural: de los paisajes de la altura, de la canción del pájaro, del maguey, del murmullo de las aguas que hierven y de las piedras colo-

readas. Estas bellezas fueron sus compañeras.

Ahí construyó su casa, cultivó el predio para tener su alimento. Ella misma modeló el barro, desmadejó el maguey y lo tejió. Con los jugos de las plantas coloreó las telas, y con piedrecillas de colores hizo mosaicos en las paredes de su vivienda. Su alma de india artista la vació en su pequeña morada.

Las flores mecían perfumes, los pájaros y el viento hacían su carnaval de sonidos. En este ambiente solitario y poético crecía Xihuit, que en lengua quiere decir: piedra azul-celeste. Xihuit era la tierna hija de Cuicuitzcatl con quien huyó de Tehuacán.

La madre y la hija se creían pájaros y creaban canciones como ellos. La naturaleza entera inspiraba sus almas de artistas.

De una concha de tortuga con unas fibras hizo un instrumento para acompañar sus canciones.

Los años iban pasando, Xihuit los recogía haciendo de su cuerpo y de su alma un poema de belleza. Madre e hija eran el alma de aquel trecho de natura. Subían hasta la cumbre del Chichontepec (1) a jugar con las nubes y a enjugarse la cara con pedazos de celaje. Bebiendo azul y oyendo las canciones del infinito fortificaban su espíritu poético.

(1) Chichontepec: Volcán salvadoreño.



Una mañana se fueron al Chichontepec a pasar un día de sol y de alturas. Regresaban cuando veían morir a Tonal. (El sol).

Cuando ellas estaban en la altura llegaron a su casa dos jóvenes indios. Eran dos cazadores. Las flechas estaban adornadas con plumas de aves raras y difíciles de cazar: plumas de águilas, de cóndor, de quetzal, de faisán eran las que engalanaban a las flechas.

Al llegar al predio cultivado de flores y de árboles frutales, se sorprendieron. Habían imaginado yermo a ese lugar apartado. Era el lugar de los malos espíritus, se decía. Mayor fue la sorpresa cuando encontraron una casita, digna de que la habitaran Tonal y Metztli.

Buscaron a los dueños, y al no encontrarlos, decidieron y juraron ante el sol de mediodía no volver a su pueblo ya profanado por los españoles.

Quiénes eran los nuevos visitantes?

Eran dos indios de la ciudad de Tehuacán. Hablaban en lengua. Pasaban la mayor parte del tiempo errantes en la montaña, hermanándose con los árboles y luchando con las fieras. Hallaron un refugio para sus andancias en aquella casita amorosa que se encontraba en los Infiernillos.

Comieron algunos frutos. Luego se dispusieron a descansar. Entraron a la casa y encontraron dos blancos tapescos. Se echaron a dormir.

El sol se escondió con una sonrisa.

En tanto Xihuit y su madre, después que hicieron su oración al Sol bajaron cantando y riendo, envueltas en los pliegos crepusculares y jugando con las nubes y el viento.

Cuando llegaron a su casita, el cielo con su azul de noche, agujereado con luces estelares, le ofrecía a Metztli un manto de ensueño y de infinito. Era el reinado de la diosa Luna, quien majestuosa derramaba fulgores de argéntum.

Xihuit no quiso entrar en su casita, cogió su concha de tortuga y se puso a cantar. Bellas canciones salidas del corazón y de su fantasía.

Cuicuitzcatl, alumbrada por la luna ponía en orden algunos desperfectos del jardín.

En tanto, los huéspedes soñaban que una bella india entonaba canciones raras.

Las mujeres, ya descansadas y bañadas con la poesía de la noche fueron a buscar sus lechos. Después de chasquear el pedernal y de encender el ocote, entraron con la antorcha...

¡Qué sorpresa! Sus tapescos ocupados.

La madre vió y descubrió a los dos indios que dormían en las mismas mantas. No los despertó, se fué con su hija a dormir al cuarto de la cocina. Las dos conversaron largo rato, decidieron esconderse hasta que se fueran los visitantes.

Al día siguiente, muy temprano se levantaron los dos indios y se prepararon para ir a cazar.

Cuando pasaron frente a la cocina, advirtieron que había lumbre. Hicieron como si se iban y se escondieron para esperar la solución del enigma.

Convencidas ellas de que los flecheros se habían ido, salieron. Los dos hombres llegaron al encuentro de ellas y las saludaron con las mismas señales y las mismas palabras de la raza, y todos entendieron.

Contaron cada uno sus historias, dijeron de su juramento de quedarse allí. Dijeron sus nombres: uno se llamaba Enah-log, que quiere decir, *caja que guarda encerrada algo precioso*; el otro se llamaba Chak-zutut, que quiere decir, *vencer al remolino de agua*.

El consejo formado por los cuatro, decidió que se quedarán.

## COMPRESUS MUEBLES EN LA Mueblería EL HOGAR, Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen. Apartado 1384 — Teléfono 3339

Construyeron una nueva casa y ellas se encargaron de embellecerla y tejer las telas con magüey y con irzote. (2)

Enah-log y Chak-zutut se habían enamorado de Xihuitl.

Cada uno de ellos guardaba el secreto en su corazón.

Fue un día Chak-zutut a contar su amor a Xihuit. Xihuit quien ya sentía un ardor en su corazón, no supo qué respuesta dar y se quedó silenciosa. Tocó su turno a Enah-log, e igual respuesta obtuvo.

Xihuit contó a su madre de la llama que sentía arder en su corazón, de ese sentimiento nuevo que tenía. Antes su amor lo vaciaba en la Naturaleza, hoy se reconcentraba en algo nuevo.

Sentía que su alma no le cabía. Para ella el cielo era más azul y la naturaleza tenía mejores encantos.

Ella amaba a Enah-log, le confesó a su madre. Su piedra preciosa azul celeste, su corazón, la había depositado en el alhajero precioso, el corazón de Enah-log.

Después de razonarlo con su madre, decidieron fugarse. Prefería ella el sacrificio antes que ver reñir a los dos amigos.

Mientras tanto Enah-log y Chak-zutut se contaban sus secretos.

Los dos lloraron y en medio de aquella mutua tristeza, se llenaron de contento al saber que a ninguno había engañado Xihuitl.

Conversaron largamente.

En dos piedrecitas coloridas dibujaron dos sig-

nos. Iba a decidirlo la suerte. En un guijarro azul el signo decía: "Eres el elegido". En el otro de color gris estaba escrito: "Aunque destruyas tu corazón, déjalos".

En aquel paisaje de sol, de altura, en el altar de los infiernos, estaban los dos indios, con los brazos en alto, llenos de fe y decisión.

Por fin, lanzaron al aire las dos piedrecillas, debiendo cada uno recoger la que le cayera más cercana.

El azul guijarro de la suerte le tocó a Chak-zutut... quien fue feliz a contar todo a Xihuit. Conversaron largo rato. Xihuit le declaró que amaba a Enah-log.

Chak-zutut fué a donde su amigo y con tristeza le contó cuánto le había ocurrido y entregando su guijarro azul al amigo, pidió a éste el gris de la desventura.

Enah-log fué en busca de Xihuit, su felicidad... Chak-zutut se dirigió al infierno hirviente.

Chak-zutut, después de orar ante Tonal que se hundía, se entregó en cuerpo y alma al hervidero que los lamía con su lenguas candentes.

Cuentan en esos Infiernos de San Vicente, que si se echan elotes, huiquiles u otras verduras para que se cuezan, siempre falta algo.

Es que el espíritu de Chak-zutut, el que vence al remolino de agua, se los lleva para su vivienda que tiene bajo el agua hirviente.

Mercedes Maiti

(Costa Rica, 1943).

## El "Rompan" filas" de la 3ª Internacional

(De Argentina Libre. Bs. Aires, 24 junio 1943.—Envío de Andrés Townsend.)

Esta guerra va definiendo cada vez más su carácter revolucionario. Es, sin duda, la mayor de las revoluciones de la historia. Pero no una revolución que pueda ser calificada con un adjetivo. Es por ahora, y más allá de toda circunscripción denominativa, la revolución en sí. Más tarde tendrá un nombre.

Por eso es también la *revolución de la revolución*. Vale decir, la negación de lo que hasta ahora considerábamos como expresión máxima del pensamiento y de la acción revolucionarios. Así lo prueba que la Tercera Internacional Comunista, supremo organismo impulsor de la revolución mundial, no tenga ya cabida en el expandido escenario de esta grandiosa transformación de nuestros tiempos. Las voces de orden de 1917 carecen de vigencia presente. Si repitiéramos hoy los lemas insurreccionales de hace veinticinco años, correríamos serios riesgos de aparecer anacrónicos y, acaso, reaccionarios.

### Negación dialéctica

Sin embargo, esta "revolución de la revolución" tal vez no pueda ser comprendida sin

la dialéctica hegeliano-marxista. O, quizás, es la más rotunda confirmación de su victoria como sistema filosófico de interpretación histórica. No—¡mil veces no!—, de esa desviada y parálisis dialéctica que se congelaba en dogma estático e infalible. Me refiero a la dialéctica móvil, fluyente, en marcha ilimitada y sin artificiosas exégesis. A la dialéctica que negó a Hegel, su creador, y que está negando y continuando a Marx, que fué negado y continuador de aquél.

Porque el riesgo mayor del hegelianismo fué siempre la desviación, y su mayor tropiezo la rigidez de la ortodoxia intolerante. Ser y no ser al mismo tiempo—devenir—son términos ajenos a toda analogía conceptual con lo inmóvil o con lo disperso, con lo estático, o con lo caótico, con lo que se petrifica o con lo que se desintegra. No es *devenir el alud*—salvo en lo que Hegel llama los "saltos de calidad"—sino el río, "siempre y nunca el mismo, de pasar incesante". Por eso los sucesos del mundo histórico necesitan cauces que abran ellos mismos y no los prefijados y rotos por la mano del hombre.



### El error de los itinerarios históricos

El dogmatismo histórico enmarida con la profecía. De ambos es hijo el itinerario histórico; predicho ya como augurio, como intuición o como *sino*; o ya como "conclusión científica", caso peculiar del vaticinio entre los materialistas ortodoxos. Y de este tipo de "conclusiones", hemos tenido a la vista muchos itinerarios para la marcha de la anunciada revolución mundial en los últimos cinco lustros. La "revolución europea" de 1918-19; la "revolución inglesa" de 1926; la "revolución española" de 1931-36, presumida hasta con una "profética" opinión de Marx exhumada a última hora... Y, sin embargo, todos estos anuncios fueron otras tantas frustraciones. No era esa la dialéctica de la historia, ni eran aquéllos augurios verdaderamente marxistas en el ceñido sentido filosófico del vocablo. El *devenir* seguía otro curso fuera de los itinerarios de la Tercera Internacional.

Cuando se esperaba y se anunciaba—releamos los libros de los jefes del Comintern de 1918 a 1922—, la revolución comunista europea, apareció la contrarrevolución fascista. Esta era la antítesis del hecho ruso y, a su vez, el primer período de un gran proceso revolucionario que debía cumplirse dialécticamente. No para confirmar los itinerarios de Moscú, sino para el devenir de un gran movimiento histórico que iba a aflorar veinte años después y del cual el movimiento ruso era el episodio precursor. Ahora lo vemos claro.

Y así el nazi-fascismo entra en el proceso histórico de la revolución. Niega, pero es negado a su vez. La síntesis revolucionaria europea parece definirse con esta guerra. Ella es parte de la dialéctica, de la historia mundial. Consecuentemente, todos los itinerarios y predicciones conocidos han fracasado.

### La negación de la 3ª Internacional

Rompe sus filas la Tercera Internacional. Produce así, con retardo, su "salto de calidad" y abandona la actitud rígida, congelada, del dogmatismo infalible. Realistamente—con un realismo digno de todos los elogios— se declara vieja e inútil a la institución madre de la revolución comunista. Y sin previo aviso, y sin responso póstumo, se la liquida.

Así se enseña al mundo la lección admirable de la rectificación y se da el más importante paso contra el ya insostenible mantenimiento de una desviación antidialéctica desde que Marx mismo disolviera la Primera Internacional. Ahora el comunismo ruso reconoce que no es más el único polo de la revolución mundial, sino uno de sus polos. Que el devenir histórico expande y multiplica su curso. Que su escenario se desplaza a varios continentes, pero en cada comarca continental hay un propio devenir histórico, un característico fenómeno revolucionario, con su peculiar velocidad, con su dirección e intransferibles dimensiones. Y que todo eso no se puede conocer, dirigir, ni predecir desde Moscú.

La revolución que estamos viendo rebasa lo internacional porque es universal. ¿Lo ha entendido así la jefatura del comunismo ruso? Seguramente sí. Es más que un fenómeno de naciones, un acontecer del universo. Esta distinción, aparentemente sutil, es extremadamente clara si damos a los vocablos su valor auténtico. Llamo universal a esta revolución, porque no es sólo política, social, económica, técnica y *revolución de la guerra misma*: es también física y filosófica, porque abarca el pensamiento en sus normas. La llamo universal porque es coincidente con una nueva concepción cosmológica del mundo,

del Espacio y del Tiempo, de la total Naturaleza y de lo que Galileo llama el idioma de ella: "*la lingua matemática*".

Y esta revolución la explica la dialéctica hegeliano-marxista, pero no puede ser conducida por la Tercera Internacional. He aquí el hecho reconocido valerosamente por los grandes dirigentes rusos. Ante la guerra y sus proyecciones, ante la complejidad que ella comporta como suceso revolucionario, había que ser realista y dialéctico. Y serlo implicaba negar ya a la Tercera Internacional.

### Hacia la revolución democrática

La primera definición revolucionaria de esta guerra es la nueva dirección histórica de la democracia. Por devenir social, por la creciente intervención de las masas en la producción, en la política y en la guerra, el signo "democrático" es el signo de nuestro tiempo. El mundo contemporáneo no puede vivir ya sin la intervención vigilante de las masas. Como trabajadores, como ciudadanos, como soldados, como contribuyentes, la acción del hombre-masa es ineludible y progresiva. Presiona y determina. Y el desenvolvimiento mismo de la economía, de la técnica, de la política, de la guerra, de la cultura en general, hace cada vez más inteligente, más penetrante y más extensa la acción de las masas en la vida organizada de las sociedades.

La exigencia primaria de las masas es la libertad. La sistematización de la libertad es la democracia. Pero la democracia ya no exclusivamente política, clasista, indaptable a una época de tan profundos y penetrantes problemas sociales. La democracia que hoy exigen los pueblos, es también económica. Esta impone, ciertamente, una limitación a la libertad compensada por la evidencia y la conciencia de la justicia. Alcanzar esta evidencia y esta conciencia, es la obra revolucionaria de la democracia.

Pero la revolución democrática va dirigida a resolver el gran problema de la injusticia social, *sin el sacrificio de la libertad*. Por eso es antitotalitaria, antidictatorial y va más allá de las limitaciones de una sola clase. En este sentido es más universal que todas las revoluciones hasta ahora conocidas.

La lucha contra el fascismo ha mostrado como un hecho fortuito esta universalidad. La guerra no ha atacado y herido solamente a una clase. No es ya la circumscripción del comunismo

contra el fascismo, de la clase trabajadora contra la clase burguesa. La lucha contra el imperialismo nazi-fascista abarca a los pueblos como pueblos, borra fronteras nacionales y crea un frente mundial de continentes, de razas, de clases. Hombre con hombre batallan los soldados del Imperio Británico y los de la potencia capitalista norteamericana con los soldados soviéticos. ¡Esta es la universalidad democrática de esta guerra y ahí está su sentido revolucionario! Guerra de masas, guerra de pueblos, lucha universal más que de clases o de naciones. Para llevarla a la victoria, son necesarios nuevos organismos políticos. Y así lo ha comprendido la Tercera Internacional.

Saludemos su fin como un paso más hacia la verdadera revolución democrática.

Haya de la Torre

Incahuasi (Perú). Junio 1943.

## Entérese y escoja

Los últimos libros que ha publicado el FONDO DE CULTURA ECONOMICA, (México, D. F.):

Franz Neumann: *Behemoth*. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo. Versión española de Vicente Herretero y Javier Márquez. Un vol. de 583 páginas. \$ 15.00.

Guillermo de Humboldt: *Escritos políticos*. Con una introducción de Siegfried Kaehler. Versión española de Wenceslao Roces. \$ 9.50.

Friedrich Meinecke: *El historicismo y su génesis*. Versión española de José Mingarro y San Martín y Tomás Muñoz Molina. Un vol. de 524 pgs. \$ 15.00.

Ezequiel Padilla: *El hombre libre de América*. Un augurio para la postguerra. \$ 8.00.

Carl L. Becker: *La Ciudad de Dios del siglo xviii*. Versión española de José Garner. \$ 4.00.

George Macaulay Trevelyan: *Historia política de Inglaterra*. Versión española de Ramón Iglesia. Un vol. de 608 pgs. \$ 16.00.

John Maynard Keynes: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Versión española de Eduardo Hornedo. \$ 21.50.

Los presocráticos. I. Jenófanes-Parménides-Empédocles. Traducción, prólogo y notas de Juan David García Bacca. \$ 5.

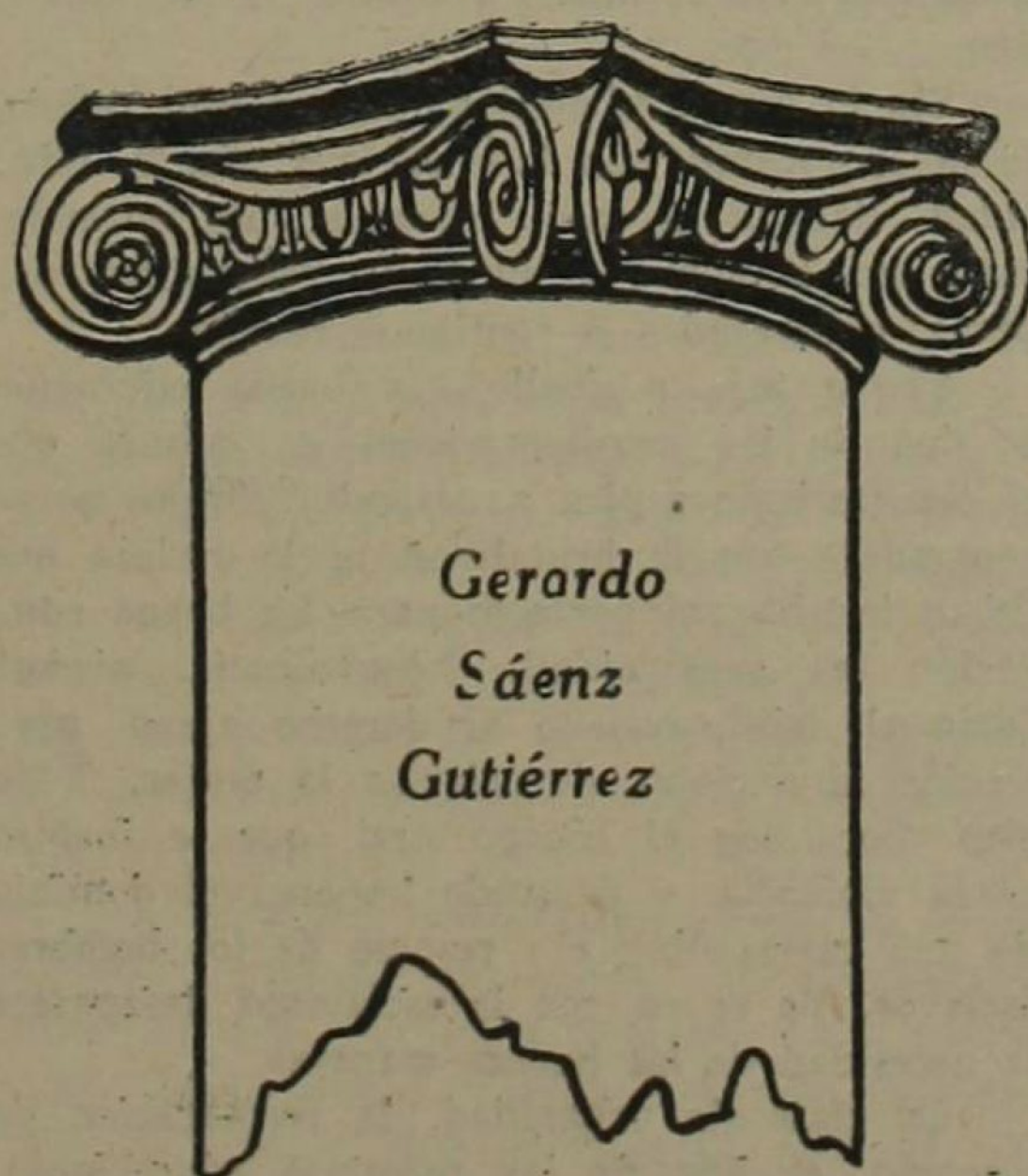
El Núm. 9 (Enero-Marzo 1943) de *Filosofía y Letras*. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. \$ 3.00.

Adolfo Salazar: *La música en la sociedad europea*. Desde los primeros tiempos cristianos. I. E. A. G. Robinson: *Monopolio* (Un manual). \$ 6.25.

Luis Recasens Siches: *Wiese*. En la serie "Grandes sociólogos modernos". \$ 6.25.

W. Ivor Jennings: *El régimen constitucional inglés*. Versión española de José Rovira. \$ 6.25.

Con el Adr. del Repertorio Americano los consigue. Calcule el dólar a \$ 5.00.



Esta es la columna miliaria del Rep. Amer. En ella inscribimos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. ¡Ricos de espíritu fueron!





## Qué hora es...?

*Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones, antipedagogía.*

### El poeta y el filósofo o la pedagogía de la metáfora

(De Educación. Caracas. Dicbre. 1942 y Enero 1943).

Ha tocado a Paul Valéry la tarea de pronunciar en la Academia Francesa la oración fúnebre de Henry Bergson. En el Número 2 de la revista *Lettres Françaises* que edita Sur de Buenos Aires, hallamos el texto del discurso, breve, de una sobriedad y una tristeza dignas del dolor particular por la pérdida del filósofo y del dolor más general y más profundo por la desgracia de Francia.

El siguiente fascículo de la misma revista contiene un notable ensayo de E. Noulet intitulado *Bergson et Valéry* en el que se esboza un paralelo entre el pensador y el poeta más famosos de la Francia contemporánea.

Estas dos piezas—unidas entre sí—sugieren, como un síntoma, una meditación más amplia: la de la posición respectiva de poetas y filósofos ante los temas fundamentales que ha planteado la cultura de nuestro siglo, de una manera especial en lo que concierne al valor del lenguaje como instrumento de expresión y de comunicación entre los hombres; y en este último aspecto, parece patente la actualización del problema del lenguaje en la Escuela, al ser usado con fines educativos por esa persona apostólica, medio poeta y medio filósofo, a quien llamamos el maestro.

Bergson y Valéry coinciden en sus principales puntos de vista. Son hijos de una misma época, heraldos de un mismo movimiento renovador de la cultura. Las tesis de Bergson, como las figuras de Valéry, podrán ser discutidas y desechadas: pero no nos es dado prescindir de su aliento, de su intención espiritualista, de su amable ironía. Han servido para oxigenar el ambiente enrarecido por el monismo materialista que dominó durante el siglo xix.

El filósofo y el poeta han sido, ambos, brillantes cultivadores de la lengua francesa, la de la filosofía de Descartes. Pero ambos desconfían del lenguaje que tan admirablemente manejan. Ambos temen la expresión llamada "directa" y prefieren la metafórica. Ambos estiman sobremanera lo sugestivo que pueda quedar entre las líneas o en el tono de voz de las palabras.

Nadie conoce mejor las naturales limitaciones de un instrumento que el que sabe manejarlo a la perfección. Sólo un buen médico siente lo que no puede lograr con sus recetas a las que el ingenuo en medicina atribuye valor mágico y total. En el caso de Valéry y de Bergson nos encontramos ante dos escritores ilustres que, ha-

biendo dominado el imperio de la letra, se hacen paladines de la eterna rebelión del espíritu contra ella.

El cientifismo ochocentista que afeó el lenguaje de todos los países con tantos términos técnicos mal sacados del griego, creyó a pie juntillas en una especie de fetichismo de las palabras inventadas y de los conceptos simples expresados por ellas. Fué una ilusión infantil del vestido nuevo, básica para la espontaneidad del Positivismo.

Bergson, formado en el propio campo de las ciencias positivas, encarna la crítica más sostenida contra semejante actitud; el lenguaje y los conceptos mismos no nos ofrecen directamente ninguna realidad profunda y auténtica; se parecen a la cuadrícula artificial puesta ante un modelo para facilitar el dibujo; la ciencia usa, con provecho práctico, palabras y conceptos; pero unas y otros no son más que la retícula ordenadora según categorías, jamás aproximaciones ontológicamente válidas de lo que sólo la intuición vital es capaz de proporcionarnos.

En esta vuelta a lo inefable, el poeta sigue—claro está—al filósofo. "...Car le langage expire a sa propre source", ha de decir Paul Valéry precisamente en el discurso necrológico antes citado. Es el mismo interlocutor de *L'Idée fixe* y de *La Soirée avec M. Teste*.

Queda en pie el valor de la metáfora; aun más: se hace imprescindible como forma de expresión—indirecta—de lo que es rigurosamente inefable. El poeta y el filósofo se dan la mano: pero no en gesto de mera cortesía, sino de humana y caritativa ayuda.

La metáfora, con todos sus defectos, no tiene, al menos el de la pretensión de ser exacta y objetiva; si nos desvía, sabíamos ya de antemano que no era una línea recta, antes bien un rodeo. En la metáfora el pensamiento o el conocimiento no nos son inyectados brutalmente, sino cubiertos, para ser saboreados primero y digeridos después; "el pensamiento ha de esconderse en el verso, como lo nutritivo en el fruto", explicará Valéry.

Rodeados por un clima diferente, Ortega y Gasset y Unamuno trastocarán en España los valores del lenguaje, como Bergson y Valéry lo habían hecho en Francia. Y obsérvese que la técnica (también en esto hay técnica) resulta igualmente paradójica: poner en relieve una palabra, hurgar en su etimología, para hacerla desaparecer después; señorear lo que va a desprenderse; jugar con los términos para rendirlos, en faena parecida a la de la coqueta o el torero.

El espíritu no queda así esclavizado por el lenguaje, antes servido por él. Se acabó otra forma de idolatría. Y con ella, la de las fórmulas, la de los tecnicismos y la de las ciencias positivas. El sábado se hizo por la causa del hombre y no el hombre por la causa del sábado.

Vayamos a la escuela. ¿Cuál será, en ella, la misión del lenguaje? ¿La de proporcionar las primeras fórmulas a los educandos? ¿La de mantener viva su sensibilidad despierta? ¿La de poner rótulos? ¿La de abrir horizontes?

Cada palabra es una piedrecita. Lanzada con una honda, apunta a las aves que vuelan o a las estrellas remotas; pero su gravedad la vuelve a la tierra y la hace apta para cimentar, poco a poco, un edificio: el de la cultura ya lograda, que se transmite mediante los libros.

Cada palabra es, pues, una esperanza, una seguridad y un riesgo. Una sugestión, un significado y un ídolo. En el maestro evoca un mundo de reminiscencias; en el discípulo un mundo de promesas inciertas sobre un punto de apoyo.

### Una clase de urbanidad

(De El Tiempo. Bogotá. 7, abril, 1943).

El ministerio de educación nacional ha decretado, en buena hora, la enseñanza obligatoria en todas las escuelas, de la buena educación, es decir, de la vieja y sepultada urbanidad. Ya era tiempo. La vulgaridad, dueña del mundo, les quita a todas las conquistas de la civilización, su mayor atractivo. Para subir a un coche, un caballero de antaño daba la mano a la dama. Ahora, se la da un empujón, o entra uno primero, se arrellana bien, y la mujer, que suba como pueda. Y no hay para qué rememorar otras exquisitas costumbres, ignoradas de los chicos de hoy; no arrojar a las señoras a la mitad de la calle; cederlas el puesto en tranvías, buses o reuniones en donde no haya asiento suficiente; hablarlas con la cabeza descubierta. Todas estas son pequeñeces, que sería imposible restaurar, porque su mención apenas provoca hoy sonrisa compasiva; pero hay otras muchas prácticas de cultura y decencia, que sí es preciso restablecer o enseñar. No hablar a gritos, como se usa hogaño; brindarles a las personas del sexo opuesto—llamarlo bello o débil es anticuado—un mínimo de respeto y consideración; moderar los abusos del lenguaje; saludar con cierta gracia; saber sentarse; caminar, hablar; moverse en un salón en forma distinta a como se procede en una cancha de fútbol. Casi, casi podría decirse que a la joven generación hay que enseñarle aquello que antes era un gracejo: no se les debe pegar a las mujeres ni escupir sobre manteles. Y a propósito, enseñarles a comer, es otra necesidad imperiosa. Ministros, representantes, jefes políticos, patricios de todos los pelajes he visto que carecen hasta de las

más leve noción acerca de cómo se debe tomar un cubierto. Ignoran que el mango del cuchillo no se prolonga hasta la mitad de la hoja: que el ruido que produce al sorber la sopa es de los más desagradables que se han inventado para tormentos de los mortales, y que hablar con la boca llena, no es precisamente un espectáculo edificante. Todas estas cosas hay que inculcarlas en la niñez. Después, no se aprenden.

Sin la buena educación, que no está reñida, ni mucho menos, con la energía y aún la ferocidad, llegado el caso, las relaciones normales entre los hombres, resultan insostenibles, ásperas, enderezadas o continuos choques.

Yendo más a fondo, la buena educación es una de las manifestaciones de cultura que el totalitarismo aspira a destruir, porque no se compadece con la brutalidad ni la rudeza que deben inspirar al perfecto nazi. La buena educación es generosidad, benevolencia, piedad hacia el débil, respeto al derecho ajeno, protección al anciano, devoción a la mujer. Todo esto choca con el código nazi, que se inspira en la violencia, y pretende imponer el dominio de una casta sobre el respeto de los hombres esclavos. Ya se ve, con la esclavitud desaparece la necesidad de las buenas maneras.

La clase de urbanidad, la restauración de Carreño, es una de las reformas educacionistas mejor inspiradas y más fecundas. Ojalá sea posible la lucha contra el patán, que ha tomado ya carta de naturaleza entre nosotros.

Calibán



Hay que destacarla, para borrarla luego; para que sea pedestal y no estatua, imagen y no ídolo, instrumento y no dogma. Tomemos un poco todas las palabras como si fueran nombres propios o pronombres, llamamientos o gestos. La palabra es siempre sacramental, mientras permanece viva, mientras no ha sido anquilosada.

Al transmitir el lenguaje, como al transmitir la ciencia positiva o la técnica, el educador ha de jugar a su propia ingenuidad, a recomenzar ficticiamente, para que el discípulo comience de veras; para que no sea lapidado por el peso—muerto para él—de lo que otros lograron y se le da de una vez. Recuérdese lo que ocurría con la Gramática de antaño, terror de los escolares.

La metáfora en la Escuela parece imprescindible. Los niños sólo entienden el lenguaje poético. Los niños sólo comprenden las cuatro cuestiones más permanentes de la Filosofía. Todo lo demás lo dominan como medio o les esclaviza como fin. Es mejor la Filosofía que la Gramática, el amor que la norma, la significación huidiza que la claveteada.

Ni Bergson ni Valéry han sido pedagogos propiamente dichos. Las brillantes conferencias y los originales libros del primero, como los versos o la prosa del segundo, han sido dedicados a gentes ya educadas, bien o mal. Todavía más: la muerte y el infortunio del filósofo arrancan

al poeta la expresión más antipedagógica que quepa imaginar: el error de Bergson—dice Valéry—“ha sido, quizás, el de creer que los hombres valían la pena de que uno fuese su amigo”.

Pero no tomemos sus palabras demasiado en serio: son metafóricas. Recordemos uno de los tercetos del Cementerio Marino, que tradujo entre nosotros Olivares Figueroa: “¿Quizás amor o de mi mismo odio?—¡Su diente oculto está de mí tan cerca—que puede convenirle cualquier nombre!” Con lo que volvemos a lo más nuclear de su concepción del lenguaje.

Ni Bergson ni Valéry han entrado, ni conviene que entren directamente en la Escuela. Serían más dañinos allí que Don Quijote y Hamlet. Pero en metáfora vital, deben rodearla. Su ronda inspirará al maestro. Entre los mapas y los libros y las palabras fijas, harán entrar en la escuela un aire de viva incertidumbre, más confiada cuando venga del filósofo, más amarga cuando venga del poeta.

La pedagogía, al borde de la nueva cultura que en la crisis actual alborea, encontrará en Bergson y en Valéry, en el filósofo y en el poeta, la lección que comienza en la relatividad del lenguaje y termina en el imperativo de la metáfora: el arte de no enseñar, enseñando y de no decir, diciendo.

Domingo Casanova

Caracas, marzo de 1943.

## Miniatura sociológica

### La época de la descortesía

(De El Tiempo. Bogotá, abril 2 de 1937).

—¿Cortesía? ¡Esa palabra dice tan poco! ¿Nada más que cortesía?

—Pues sí, cortesía. Nada menos que cortesía profunda. “La cortesía, señor hidalgo...”

Debo, ante todo, explicar que el presente artículo me ha sido sugerido por una impresión grata, impresión, recibida al llegar a esta tierra. Al viajero—por lo menos, al viajero venido de Europa—, le llama la atención la exquisita, caballerosa cortesía de los colombianos.

No se vea en esta observación una frívola amabilidad. No—El colombiano ilustrado, es por lo común, de una urbanidad delicada. La misma gente popular posee cierta finura natural llena de simpatía.

Pero el viajero que recoge esta impresión grata hace en seguida una reflexión ingrata. Las cosas las percibimos siempre por contraste. Darse cuenta de que se penetra en una atmósfera cálida, equivale a percibirse de que se viene de otro ambiente más o menos frío. Esa percepción de la cortesía circulante le revela al viajero europeo que viene de un mundo más o menos descortés.

Y, en efecto, una de las cosas que se están perdiendo en Europa y que más en peligro están de naufragar en la corriente de la vida actual es la cortesía. La vida actual se va haciendo áspera, violenta, apresurada, desconsiderada, grosera. Se anda dando pisotones; se avanza a codazos; ni hay tiempo para el circunloquio, ni casi gusto por el coloquio. Cada cual va terriblemente solo, en medio de una oscura muchedumbre. El método es la acción directa. Se manda, se grita, se increpa, se obedece, se calla... Apenas dialogar. Diálogo es cortesía. Es la honda cortesía intelectual de ceder el paso a las opiniones ajenas y dar complaciente hospitalidad en nuestra conciencia a ideas distintas, extrañas y, acaso, adversas...

Es posible que haya gentes, empeñadas en no parecer superficiales—quizás precisamente porque lo son—, que sostengan que la urbanidad es cosa externa, convenciones, sin positiva

trascendencia, ni auténtico valor en la vida. Quienes así pensasen deberían meditar sobre la significativa coincidencia de que la cortesía desaparezca del mundo contemporáneo al mismo paso y en igual medida en que va desapareciendo el sentido ético en la organización de las sociedades humanas. El mundo se torna descortés al mismo tiempo que se hace amoral.

¿Es esto sólo una mera coincidencia? No, ciertamente. Hablábamos antes de cortesía “profunda”. Ahondemos, pues, un poco en ese concepto de la cortesía, de la urbanidad.

El hombre o cortés o urbano se caracteriza en primer término, porque no actúa en selvático egoísmo, como si sólo él habitase en el mundo y el mundo estuviese hecho sólo para él, sino que tiene en cuenta, cuidadosamente, la presencia del otro, o de los demás seres humanos en las diversas conjunturas de la vida. Procura entonces no estorbarles, no molestarles. Se esfuerza, por el contrario, en agradarles, favorecerles y servirles.

No hay duda de que esta fina conciencia de que los otros existen, están presentes, define a la persona cortés. Ya John Locke, que en la formación del perfecto “gentleman” anteponía la urbanidad a la misma instrucción, opinaba que todas nuestras faltas en el trato social provienen de que no nos preocupamos de los demás... o de que nos preocupamos demasiado. En este último caso, nos sentimos cohibidos, tímidos, torpes.

La verdadera urbanidad no es, en última instancia, otra que el respeto a la persona humana en cada uno de los individuos con quienes nos relacionamos. Delicado, afectuoso respeto a cada uno de nuestros semejantes. Respeto también a nosotros mismos, a la humanidad en nosotros mismos. El hombre verdaderamente urbano, bien educado, conserva la corrección de sus modales cuando está a solas. No maneja con menor pulcritud los cubiertos cuando se sienta solo a la mesa. Lúculo comía en casa de Lúculo. El caballero come en casa del caballero.

Observemos, de paso, que cortesía es, en el fondo, expresión de caballería. Caballería compatible con la humildad de la cuna o la pobreza de los medios. Y recordemos con qué enfática cortesía trataba a todos, aún a los arrieros de los caminos y a las mozas de los mesones, nuestro gran Don Quijote, prez y dechado de la eterna caballería andante.

Decíamos, pues, que la cortesía es, en pureza, el respeto a la persona humana. Si en un momento de la Historia, como en el presente, la cortesía falta, cabe inducir que ha fallado también el íntimo respeto a la persona humana, ese respeto sagrado a la humanidad en cada hombre, principio esencial del cristianismo y del liberalismo; clave de ésta nuestra civilización occidental que ahora está en moda invocar.

¿Y no es ese precisamente el mal de nuestro tiempo? Ya la persona humana, cada persona por modesta que fuere, no es considerada como un templo inviolable del espíritu. No. Se la mancha, se la deforma, se la emplea, según las conveniencias de un régimen o los intereses de un Estado. Ya no se estima que la persona lleva en sí misma un fin; se la trata como simple medio para la consecución de determinadas finalidades técnicas, políticas o económicas.

La persona hoy no interesa. Por monstruoso que parezca, y esa es la humana subversión a que asistimos, las cosas importan más que las personas; las máquinas más que los pensamientos; los medios más que los fines; las realizaciones más que los ideales; la Economía más que la Ética; el hecho más que el Derecho; la eficacia más que la Justicia; el Triunfo más que la bandera; la técnica más que la ciencia pura y el amor a la verdad; el arte industrial más que la Belleza; la velocidad más que la dirección; la fuerza más que la bondad; la utilidad más que la libertad...

Lo que llamamos cortesía no es más que la flor de ese árbol de la vida cuya última raíz es el respeto a la persona humana. Herida la raíz, la flor se seca. Una misma savia espiritual circula por el árbol entero.

Hé ahí por qué los dictadores, que gobiernan a las personas como cosas, haciéndolas nacer y haciéndolas morir para el acrecentamiento del poder de su Estado, realizan en sus arengas y ademanes una política esencialmente descortés. Sus palabras empiezan por quebarantar la cortesía internacional antes de comprometer la internacional convivencia.

El postrer resultado de esa concepción social que pasa por encima de la persona humana no puede ser otro que la guerra. La horrible guerra moderna que no guarda las formas caballerescas de los combates antiguos! Guerra mucho más odiosa que las de antaño, no porque los gases asfixiantes hagan sufrir más que una estocada en el pulmón, sino porque no se lucha de persona a persona y, en el extremo límite de la deshumanización—y, por tanto, de la brutal descortesía—, la guerra moderna barre a las personas como cosas, a distancia, sin distinguirlas, sin conocerlas, sin valorarlas, destruyéndolas en masa, mecánicamente...

Desde este abismo de horror alcemos los ojos a la luz. No perdamos la confianza en las fuerzas sanas, juveniles, de nuestro siglo. También el ímpetu de la mocedad puede a veces parecer grosero. Cuando hablamos de la virtud de la cortesía no pensamos en las formas sociales ya gastadas, en los “cumplidos” hueros; ni en los Manuales de Urbanidad; ni en los seniles ceremoniales de la China, o en aquel trato suave, blando, reverente, adulator, que es quizás uno de los encantos y también uno de los venenos del Oriente.

Tal vez, bajo la tremenda crisis de la actual Europa y del mundo contemporáneo, se está fraguando un nuevo Humanismo Y, naturalmente, un retorno a la cortesía.

Luis de Zulueta



## Un homenaje a Silva

(De La Razón. Bogotá, 25 Mayo 1943. Envío de Cornelio Hispano).

Con gran lucimiento se llevó a cabo en la tarde de ayer, la ceremonia del descubrimiento de una placa de mármol en la casa en que murió José Asunción Silva, acto éste organizado por el señor Cornelio Hispano para conmemorar el 47º aniversario de la muerte del poeta. La placa es de mármol de Carrara, de 60 x 50, y tiene la siguiente inscripción "Aquí murió José Asunción Silva—24 mayo 1896. Homenaje de admiración de Cornelio Hispano —24 mayo 1943", en letras realzadas. Sobre la placa se colocó en el momento de la ceremonia, una gran corona de laurel sobre la cual iban entrelazadas cintas con el tricolor colombiano y con los colores azul y blanco de Grecia, ya que el señor Hispano es Cónsul General de Grecia en Bogotá. Un nieto del señor Cornelio Hispano, el niño Víctor Jorge López, descubrió la placa.

### Los discursos.

El primer número del programa estuvo a cargo del maestro Baldomero Sanín Cano, quien hizo el elogio del poeta desaparecido; a continuación, el escultor Luis Alberto Acuña, dió lectura a un telegrama del maestro Guillermo Valencia, dirigido al Señor Hispano, asociándose al homenaje que se rendía al poeta; luego el señor Roberto Liévano recitó la elegía de Víctor M. Londoño, *A Silva*, y la señora doña Mary de Vásquez Pérez, recitó asombrosamente la poesía de Guillermo Valencia: "Leyendo a Silva".

### En la alcoba

Terminada la ceremonia en la calle, los asistentes entraron a la casa, y a la alcoba misma en que murió el poeta. El aposento había sido arreglado por el señor Manuel Casalini, hijo del antiguo dueño de la casa, colocándose en el sitio donde se hallaba la cabecera de la cama en la noche del 23 de mayo de 1896, una corona de laurel en el centro de la cual aparecía un retrato del poeta con marco de plata, que fué facilitado por la señora Julia Silva de Brigard, hermana del poeta. Igualmente estuvo presente el candelabro de plata que Silva llevó en sus manos al término de la cena del 23 de mayo, cuando, poco antes de su muerte, salió a despedir a sus amigos.

### Una visita.

Finalmente, los asistentes al acto concurrieron a la casa de doña Julia Silva de Brigaud, para presentarle sus saludos, y allí fueron gentilmente atendidos. Entre los asistentes recordamos al embajador de Venezuela, doctor José Santiago Rodríguez; secretario de la embajada, señor Picón Lares; ministro del Uruguay, don Alfredo De Castro; ministro de Cuba, señor Néstor Carbonell; doctor Carlos Lozano y Lozano; doctor Francisco José Urrutia, don Jorge Vélez, don Carlos Rodríguez Maldonado, doctor Domingo Esguerra, doctor Román Gómez, doctor Eduardo Rodríguez Piñeres, doctor Ricardo Hinestroza Daza, don Hernando Villa, don Daniel Arias Argáez, don Luis Eduardo Nieto Caballero,



Colocación de una placa de mármol de Carrara, donada por el Sr. Cornelio Hispano, en Bogotá, en la casa donde murió el insigne poeta José Asunción Silva. Enmarcado por una corona de laurel, se ve el último retrato de Silva, tomado, en la mañana del 24 de mayo de 1896, por el fotógrafo español Esperón.

Aparecen, de izquierda a derecha: Hernando Villa, y Domingo Esguerra, asistentes a la cena del 23 de mayo, Carlos Rodríguez Maldonado, Arturo Manrique, Roberto Liévano, L. E. Nieto Caballero; Embajador de Venezuela, Dr. J. S. Rodríguez; don Luis de Zulueta, Dr. Carlos Lozano y Lozano, Cornelio Hispano, B. Sanín Cano, Doña Mary Vázquez Pérez; Ministro de Cuna, Sr. Néstor Carbonell; Dr. Francisco José Urrutia, Daniel Arias Argáez; escultor Luis Alberto Acuña; Don Jorge Vélez, Dr. Ricardo Hinestroza Daza. A la izquierda, contra la pared: Ministro del Uruguay, D. Alfredo de Castro. Al lado de Cornelio Hispano, su nieto, Víctor Jorge López Downs, quien descubrió la placa de mármol.

Aquí murió

JOSE ASUNCION SILVA

24 Mayo 1896.

Homenaje de admiración de

CORNELIO HISPANO

24 Mayo 1943.

el poeta Alberto Ángel Montoya, el pintor Jesús Ma. Zamora, el escultor Luis Alberto Acuña, don Luis de Zulueta, Dr. Julio Garzón Nieto, don Oliverio Ramírez, (de los asistentes a la cena del 23 de Mayo, como Do-

mingo Esguerra y Arias Argáez), don Alberto Miramón, don Luis Cabal, don Arturo Manrique, don Camilo de Brigard Silva, Guillermo Camacho Montoya, Octavio Valencia, Francisco Valenzuela y 50 más.

## Suscríbase a "REPERTORIO AMERICANO"

La Revista de amplio tiraje en el interior y de estratégica distribución geográfica y cultural en el Continente. Las firmas reputadas y las nuevas firmas de América. Semanario del pensamiento vivo américo-hispano, en Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.



## Recuerdo de Silva

(A los 47 años de la muerte del poeta)

Por B. Sanín Cano

(De *El Tiempo*. Bogotá, mayo 30 de 1943).

(Palabras dichas al fijar una lápida de mármol en la casa donde murió el poeta).

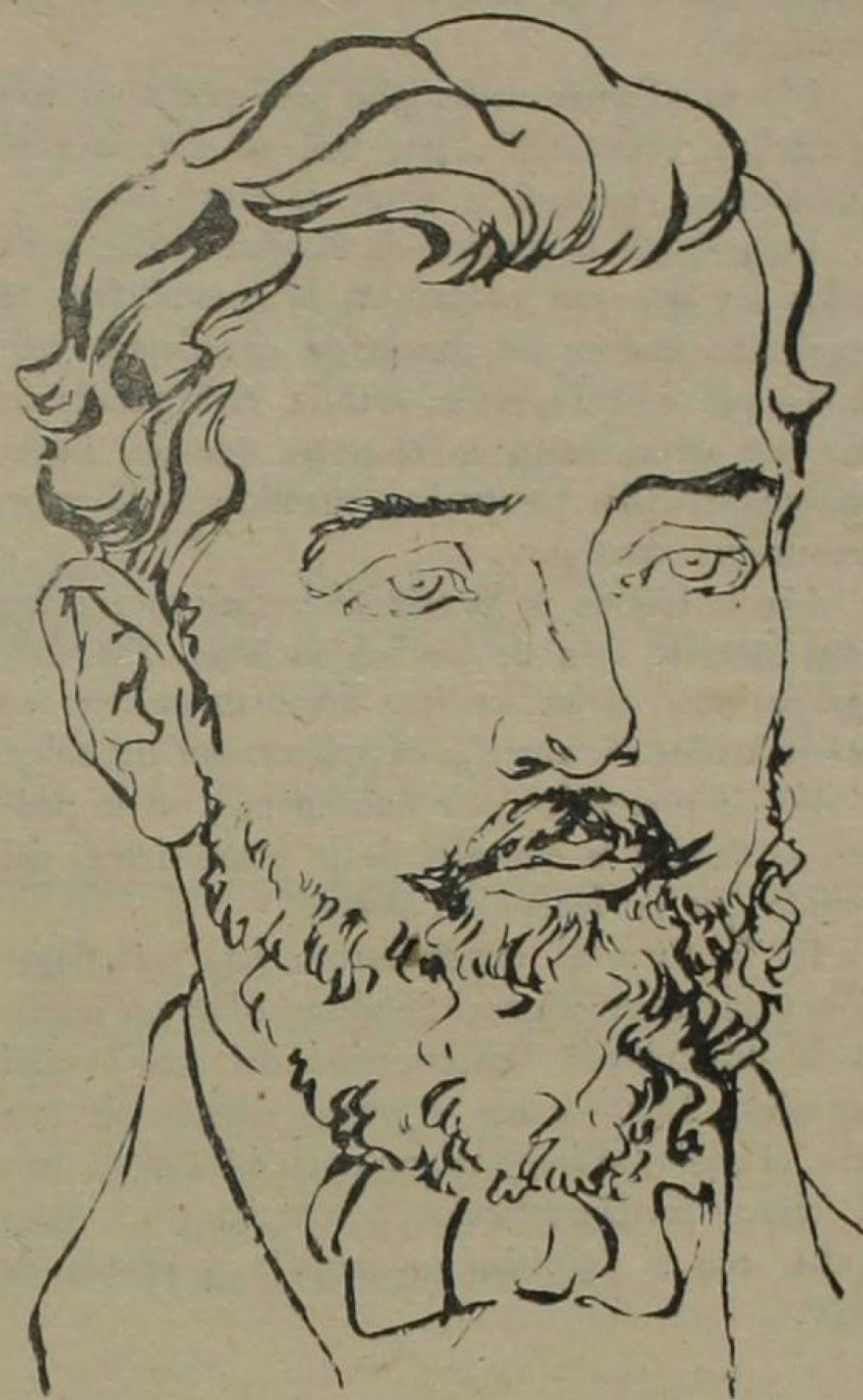
Dentro de tres años se cumplirá medio siglo de la temprana muerte de José Asunción Silva. Para honrar su memoria y para dejar un duradero testimonio de admiración a su obra nos hemos reunido aquí convocados por la generosa iniciativa e ilustrada piedad literaria de Cornelio Hispano. Venimos a ratificar en un acto sencillo la inmortalidad de esta calle y del tranquilo inmueble donde terminaron para siempre los lazos del poeta con la terrena existencia. En cierto modo nosotros venimos a ponernos por unos instantes en contacto afectuoso con la inmortalidad dejando testimonio de admiración por una personalidad literaria que pertenece ya con su obra y con el recuerdo de sus dolores al tesoro inviolable de la posteridad. Ya su nombre es posteridad. En estos días se ha tenido la confirmación doble de su derecho a vivir permanentemente en los anales de la inteligencia. Para él empieza aquel período de la consagración y la verdadera gloria en que a un mismo tiempo suenan en el espacio las voces de aclamación y la censura de los que no han llegado a comprender. En estos días la inteligencia de todo un pueblo, ligada a la historia de la civilización por la fuerza y la profundidad de las obras literarias en que ha exhibido a la naturaleza y al hombre en sus aspectos más salientes de bondad suprema y de perversidad ilimitada, ha escogido la poesía de Silva para mostrar al mundo atónito ante las capacidades tenebrosas del mal, cómo ese mundo ha producido también ráfagas luminosas y perdurables para deleite de las mentes capaces. Las corrientes electromagnéticas han transmitido desde Londres a todas las comarcas del mundo habitado poesías de Silva para hacer constar a una su admiración por el altísimo poeta y el puesto que su obra debe ocupar en los anales de la poesía universal. Esta admiración coincide con la publicación de un libro que no hacía falta en el Sur del continente, cuyo autor pretende reducir el significado de esta vida esplendente y amenguar el mérito todavía no debidamente explicado de su personalidad y fecunda poesía, tan íntimamente ligada con las alternativas de su dolorosa peregrinación por el mundo. Las dos manifestaciones se complementan para realzar ahora la significación primordial del poeta y su obra y para fijar el puesto que ya le han asignado las generaciones en la sucesión de los siglos.

Ni el momento ni el objeto de este curso dan lugar a un estudio sobre la vida del poeta que demoró unos años dentro de estos apacibles muros: pero en cortos instantes se pueden señalar dos o tres características de la obra poética de José Asunción Silva. Su poesía, como todas las obras fundamentales de este género, tiene carácter de universalidad. Sin dejar de estar vivamente impregnada de la ciudadanía del poeta, el alcance de esta obra llega a comarcas remotas donde vibra con intensidad suprema el alma del hombre. Fué universal a la manera de Leopardi, de Shelley, de Baudelaire o de Whitman, porque expresó en sus versos las modalidades de la vida con vibraciones amplísimas y llegó en su análisis de las acciones del hombre a los senos profundos del conocimiento, guiado por la experiencia y por una cristalina intuición. Fué como algunos de sus

modelos poeta del dolor humano y como pocos de ellos llevó la fuerza de la inspiración a burlarse de la tristeza de las cosas y de la soberbia y engreída figuración de las medianías. Lo comprendió todo. Sintió el mal con torturante agudeza y se dejó cautivar con emociones hondas y duraderas por los mejores aspectos de la actividad ajena. No se dejaba engañar por las apariencias. Pasaba por el mundo de las suposiciones risueño y afable como si fueran expresión de la pura realidad. Describió las debilidades humanas con precisión de analista, no sin agregarles a veces a las imágenes de la realidad rasgos destinados a mover en los lectores los músculos de la risa. Aspiró a gozar de la vida con intensidad dentro de las normas de la inteligencia y puso gran cuidado en no dejarse influir en la dirección de sus actos ni por la lisonja de los avisados ni por la maligna intención de quienes a hurtadillas pretendieron disminuirlo.

Antes que algunos otros poetas a quienes rodeó la inmediata posteridad con el halo de reformadores, Silva había visto en el firmamento del divino arte de los ritmos verbales, contemplado por él en otros paralelos, augurios de renovación aplicables a la poesía de lengua y de tradición española. Recibió inspiración de su tiempo y se adelantó a la vida como suele llegar en las grandes llanuras y en las inmensidades del desierto la claridad del sol naciente a la vista de los peregrinos, mientras el bajo círculo del horizonte permanece en la oscuridad.

Siempre o a lo menos con instructiva frecuencia las renovaciones vienen del extranjero. En los principios del arte español de expresarse en versos es frecuente y manifiesta la influencia de los modelos franceses; Boscán y Garcilaso trajeron a su hora el perfume y las formas de la gaya ciencia de Italia a la versificación castellana; Chaucer se inspiró en modelos inmortales de la misma península, así como Silva y algunos de sus contemporáneos, trajeron de Francia elementos de inspiración con qué re-



José Asunción Silva

(Dibujo de Trujillo).

formar el sentido y las formas de la poesía americana.

Vamos a visitar la mansión donde el poeta pasó los días más fecundos de su inteligencia y donde repasaba sin duda el recuerdo de las amarguras impuestas por el destino a su refinada sensibilidad en otra casa de la calle 12, no lejos de este sitio que presencié su niñez, llenó de gratas imágenes su inteligencia y desgarró su juventud con la pérdida de seres queridos y de fundadas esperanzas en el porvenir.

Al separarnos de estos muros privilegiados llevemos el recuerdo de una inteligencia completa, capaz de apreciar serenamente todas las apariencias vitales, exquisita en su manera de comprender el placer, grande en el dolor, e insuperable en las formas con que supo expresarlo.

## Roberto Ibáñez o la exactitud

(Envío de E. B.)

### I

La única ventaja que procura el disponer de grandes obras literarias—lo ha dicho Jorge Santayana agudamente—consiste en la ayuda que éstas prestan a nuestro desenvolvimiento personal. Por sí mismas—hazañas realizadas por sus autores—nada hubieran perdido de su verdad o de su grandeza si hubiesen emigrado antes de nuestra instalación en la vida. Nada podemos añadir o suprimir a su pasado valor o a su propia dignidad. Sólo ellas, en cuanto representan un alimento y no un veneno, pueden agregar algo al actual valor y dignidad de nuestro espíritu.

La comprensión de un clásico, de nuestra lengua o extranjero, exige exégesis de hoy.

Inútil el empeño de establecer escuelas poéticas y ajustar a las escuelas poéticas lo que éste o aquel poeta hicieran. El poeta es resumen de poesía; es "su poesía" y resulta infantil encasillarlo. Quizás encontremos rasgos distintivos que nos permitan agrupaciones para el estudio, para

concretar éste o aquel aroma poético: se tratará en cada ocasión de un "postcepto", no de un "precepto" o norma. Posible es que en los "postceptos" resida el andamiaje de la nueva crítica literaria.

He aquí el caso definido de mi hoy: ante un libro de un poeta: el uruguayo Roberto Ibáñez. Me llega el poeta en este libro y con escasas noticias previas. Apenas una nota de la "Antología de la Poesía Latinoamericana Contemporánea" de "New Directions"—Nueva York, 1942—y un poema fué toda mi información sobre Roberto Ibáñez; hasta que me enfrenté a su libro *Mitología de la sangre*.

Por esa Antología supe que Ibáñez dicta clases de literatura en la Universidad de Montevideo. Que dirige la revista *Andén* y es uno de los jefes del movimiento denominado "Transcreacionismo". En unos comentarios, resueltos en dos líneas, se ha dicho que Ibáñez "emplea un estilo que se presta algo a la nostalgia encantada del



simbolismo y algo también a la osadía del surrealismo".

No es afirmar nada. ¿En qué poeta no hay "nostalgia encantada", por qué se despierta el simbolismo, por qué se alude al surrealismo...?

Lo grave de la poesía—de Roberto Ibáñez y de todos los que son poetas—es la sensibilidad, la revolución interior, la conciencia compleja y vasta. La poesía lírica, en su esencia, está tintada de eso que encontramos en el poeta que nos llega: oniromancia. Estos ensueños, cuando son de valor, constituyen poesía.

Ha huído de la poesía el verbalismo: palabras, sintaxis, han de ser sus esclavas. Escuelas, agrupaciones, cielos son que dominan paisajes en determinados instantes y complementan un color.

Por la presencia de la oniromancia en lo poético se llega a la emoción de lo inconsciente, del mundo que es dentro del poeta.

En las escuelas, externamente, hay más negaciones que afirmaciones. Se desacreditó un minuto la denominada "enfermedad del siglo"—mal du siècle, 1820—y hoy a punto estamos de torcerle el cuello al buho, como antes hiciéramos con el cisne—¡malagradecidos...!—precisamente para acabar con el "espíritu moderno": la enseñanza de 1920.

## II

Me coloqué ante Roberto Ibáñez; concretamente ante su libro *Mitología de la sangre*. Lo he leído una, dos veces. Lo he meditado. Lo he analizado dentro de mí. Lo he contrastado con mis propias emociones de poesía.

Me he preguntado luego, ante la realidad del suceso poético: ¿qué hay aquí, que me seduce a mí, como gustador de poesía, en estos poemas...?

Encuentro inicialmente una cosa formidable: exactitud. Y a la mente me viene aquel nombre del Renacimiento, el de Leo-Battista Alberti, autor del tratado *De re aedificatoria*. Belleza es armonía de todas las partes de la obra de arte, de tal modo que nada se puede añadir, ni quitar, ni cambiar: "certa cum ratione concinnitas universarum partium: ita aut addi aut diminui aut immutari possit nihil".

El signo de la perfección es la necesidad: obra perfecta: aquella que no podría ser de otra manera, porque el menor cambio o desplazamiento de sus partes arruinaría la sutil y frágil armonía del conjunto.

Severo ideal, ciertamente: exige la irremisible eliminación del detalle parásito, del agregado pintoresco. El arte puro no es repertorio de ornamentos. Nueva condenación del verbalismo.

La presencia cercana de lo contemporáneo—ha dicho Xavier Villaurrutia, el mexicano—dificulta la visión que sólo la distancia en el tiempo habrá de definir al hacer posible una visión más clara, desinteresada y certera. Y la dificultad conduce a buscar encasillados. No es tarea que exija mayor penetración: por el contrario, es un modo de evadir la penetración. Es un modo de defenderse de ahondar. Es un modo de quedarse en las ramas.

Esta afirmación mía de la virtud de Ibáñez—o por lo menos de este libro de Ibáñez, *Mitología de la sangre*—de "ser exacto", me conduce a mis propias concreciones estéticas; también a mis preferencias.

En mi amado Quinto Horacio Flaco tropezaba yo con sorpresa que apenas me explicaba: aquella cosa de honda vibración interior, emoción máxima, que sentía rubor de salir: versos con alas, sin figuras retóricas, en los cuales se transparen-

taban pensamientos, sentimientos...

Esa exactitud afirma trabajo, labor lenta: precisa y honesta: el querer darse completamente, sin fingimiento, con la verdad de la poesía.

Terror del impostor poeta; del que de buena fe siente la creación y luego... Porque necesario es hurgar en la propia concepción poética, hallar más y más facetas, limpiarlas de retórica, limpiarlas de sombras, limpiarlas de trivialidad, alcanzar esa exactitud, esa pureza que esplende desde la poesía de Roberto Ibáñez en su *Mitología de la sangre*...

Hay poetas muy poetas que se atascan, que sienten toda su poesía ellos, pero que no ofrecen al lector esa totalidad poética; son grandes pobres poetas. No es fácil, no es corriente sentir poesía y llevarla a las palabras. No alcanzan la exactitud. Se queda mucha poesía fuera de las palabras, aunque esas palabras semejen versos.

## III

Por eso tan poco me dicen—en eternidad poética—esas clasificaciones en modernistas, simbolistas rezagados, creacionistas, surrealistas, transcreacionistas—permítase el vocablo en gracia a su claridad y perdónese su fealdad y arbitrariedad—en no sé cuántas escuelas o escuelillas más. Hoy se habla de los atónitos, de los desolados, como antes se mencionaban los dadadistas o los futuristas, ya enterrados.

Establezco para mí esta perogrullada: poeta es el que hace poesía. Y esta poesía se escapa de las clasificaciones.

El caso de Roberto Ibáñez es ejemplar. Ni popular, ni aristocrático, ni tradicional, ni hermético. Ni oscilante, ni obcecado. Poeta, alto poeta.

Cada poeta, como Ibáñez, es un mundo de emociones. Y lo excelente de este libro *Mitología de la sangre*, es que en su fábrica no falta nada, ni sobra nada. Noblemente hecho.

Sus mismos poemas oníricos se apartan del conceder a la teoría del irracionalismo, derivada de los movimientos poéticos franceses. Lo indicaba yo más arriba: en resumen, toda poesía es onírica. La poesía, la que no es anécdota. Porque en muchos poetas que pretenden huir de la anécdota, lo que existe es un enfoque diverso de la misma anécdota. En García Lorca hay algo de esto.

La poesía es la fenomenal paradoja de la eternidad dinámica. Y vive con "su tiempo". Que es el tiempo del poeta.

Ha dicho Paul Valéry, tan fuera de Ibáñez y tan dentro en poeta: "La poesía se forma o se comunica en el abandono más puro o en la más profunda espera: si se la toma por objeto de estudio, es por allí donde habrá que mirar: en el ser, y bien poco en lo que circunda".

En 1940 Roberto Ibáñez nos honró con el envío de su libro *Mitología de la sangre*. Poesía. Montevideo. Ha llegado la ocasión de que lo admiremos en las páginas del Rep. Amer., con la publicación de este estudio y a propósito de la conferencia que acerca de R. I. nos hizo en el Teatro Nacional de Costa Rica, el poeta y profesor uruguayo Félix Peyrallo (Un pasajero muy interesante). Patrocinó 7 conferencias de Peyrallo la Secretaría de Educación, con lo que ésta ciertamente se ha enaltecido. Peyrallo logró con sus animadas conferencias remover y renovar el interés en los jóvenes universitarios por los estudios de Filosofía y Letras.—Nota del editor.

En esta poesía de Ibáñez hay abandono y hay también la más inquietante atención, la intensidad más concreta. Esencias que existen y que el poeta no permitió que se disiparan...

Esta poesía de Roberto Ibáñez es hoguera interior. Es entrega de lo más fino de un espíritu y es milagrosa reserva. Y tal vez, debido a esto, la máxima sinceridad.

## IV

Otro reflejo curioso de este poeta: con qué particular prestancia espiritual ha vertido su emoción en el vaso de un soneto, en la lira de cinco versos purísima rima...!

No constituye artificio en Roberto Ibáñez. Es diáfana sugerencia, más allá de la exégesis.

Prueba el sentido musical certero que se adapta a ese tropo trabado, lógico, exacto, que es la poesía de Roberto Ibáñez.

Se puede decir que en todo este libro *Mitología de la sangre* no hay una audacia formal. Y porque no hay una audacia formal, no hay verbalismo.

La revolución de la forma, la falta de austeridad, suele degenerar en verbalismo, en esas cadenas de metáforas que se ahogan en palabras o centelleos de palabras. Y de nuevo viene a la mente el nombre de otro poeta que se enreda—a fuerza de barroquismo—en el verbalismo: Rafael Alberti.

La misma "Cinematografía Onírica" de "Latitud de una noche" es de una apretada forma seductora. Se mezclan los alejandrinos con los heptasílabos y los endecasílabos, admirables de seguridad.

Y es un encanto más de la poesía de Ibáñez.

Cada uno de sus sonetos camina por su sendero. Así la "Parábola del Poema". Hay un verso de una soberana incandescencia. Es el primero del segundo terceto. Constituye un tratado de poesía. Es la "Epístola ad Pisones" para la emoción actual:

Quien no ardió con la rosa indaga en vano...

En "El surtidor y la sombra" el primer cuarteto apunta un barroco gongorino, del mejor Góngora:

Esgrima de cristal, rayo que canta,  
nerviosa arquitectura del suspiro,  
jazminada inocencia de vampiro  
que desangró la luna en su garganta.

Ese magnífico atrevimiento de la "jazminada inocencia de vampiro" es alto símbolo de poesía.

Encuentro en el ritmo de "El increíble niño que yo fui alguna vez" una seguridad y una musicalidad en la repetición de los agudos en los versos segundo y cuarto de cada estrofa, que me estremecen. Y considero un definitivo acierto el remate, ausentes los agudos, resumen del poema:

Ay, aquel increíble niño sacrificado  
en que empezó a morir sin conocer la muerte,  
Ahora lo ve, entre muros de soledad, velado...  
¡y aguarda a que despierte!...

"Memoria del amor que no quiso nacer" está logrado en la estrofa de Fray Luis de León. Pero cómo ha sido traída a la poesía viva, cómo no se ha quedado en lo que fue y pasó, sin pasar...!

La "Canción del astrónomo ciego" ha burlado la anécdota. Es el manejo de metáforas. Qué dos versos éstos:



Y qué astrónomo ciego, ebrio de astros perdidos,  
enriquece con lágrimas su imposible astrolabio?

Los dos sonetos "Rehabilitación de la muerte" y "Rehabilitación del azar" recogen el mito de la lámpara de Aladino. Ambos son misteriosos, absorbentes, cuajados de fosforescencias: son minutos densos del poeta.

La "Balada de tu nombre" tiene una honda emoción hogareña. Pero no se queda en esa cosa horrible del poema de alcoba o en la otra sensible que empalaga y rechaza. Hay una sinceridad desnuda y grave en la que el amor—¿por qué no creer en el amor?—logra cimas. Y la musicalidad de los endecasílabos—tan llenos de obstáculos estos endecasílabos agudos...—canta un dominio de la forma que vence a la forma misma. ¡Y es un escollo para poetas...! Este grito final es formidable:

*¿Qué ruiñeñor el pecho te consume?  
Ya no puedo tu pecho restañar.  
Ay, Sara Ibáñez, brasa de perfume,  
silenciosa titánida lunar!*

No sé qué aromas baudelerianos hallo en "La primavera de los muertos". Es posible que mi interpretación sea errada. Pero dejo apuntado esto con lo que no tropezaré más en este libro de versos. ¿Qué respira este alejandrino...?

*Un niño aspiraba una flor corrompida...*

La "Elegía por los ahogados que retornan" es poema reproducido en antologías: en la de "New Directions" figura. Pero prefiero los tres sonetos que le siguen como parte de "Fábula de la espuma". Sobre todo el terceto primero de la "Gaviota muerta" me subyuga:

*Gaviota del invierno sobre el césped  
donde sin vida tu blancura exhalas,  
de mi solar inesperado huésped.*

La "Canción Mediterránea" termina esta sección del libro.

El "Periplo del espejo" se inicia con tres sonetos. El último, "Variaciones", es extraordinario. El primer cuarteto dice así:

*Estatua del perfume, la corola.  
Ala, estatua del cielo prisionero.  
Ola, estatua del viento marinero.  
Caracol, doble estatua de la ola.*

Sigue un romance—"Capitulación de los párpados"—lleno de sugerencias y el poemita "Transfiguraciones": termina con "El jorobado y la luna", en el que los octosílabos adquieren primeros objetivos:

*El jorobado en el río  
las hoces del agua busca.  
La muerte lo desjoroba  
con yertas manos de luna.*

"Latitud de una noche", cinematografía onírica, reúne nueve poemas; lo más imaginativo del libro: la fantasía vuela sin frenos para responder a instantes, a estados de ánimo. Hay llamadas de una gracia muy nueva y muy íntima, hechas de sorpresas, de ritmos interiores inquietantes. No se parecen a nada de esa boga de la traducción de ensueños, recurso demasiado fácil. Guardan una línea muy del poeta. Es la cristalización de una lírica exacta.

ANTONIO URBANO M.

# EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

ALMACEN DE ABARROTES 'AL POR MAYOR

SAN JOSE, COSTA RICA

La última parte de *Mitología de la sangre* integranla los poemas coleccionados bajo el rubro de "Aire de las vísperas". Son siete. Entre ellos está "La fuga", romancillo heptasilábico con un ritmo muy logrado que se concentra en la asonancia en a-a de una agilidad incomparable. Este final es un alarde de emoción:

*Para hacer los caminos  
que fundió tu fragancia  
(ebria fuga de un sueño,  
contrabando de lágrimas)  
pasaré de mi sangre  
las fronteras en llamas,  
si mi sangre no quieres,  
cazadora del alba.*

En "Cetrería lunar" hay una imagen de máxima originalidad y riqueza poéticas:

*Una paloma diáfana  
—esculpido relámpago, suspirado fulgor—*

Y en "Diálogo de vísperas", remate del libro, estos versos proclaman la calidad de Ibáñez:

*Frente de los orgullos y los sueños,  
armadura de rosas eucarísticas,  
paloma disidente,  
solitaria blancura fronteriza...*

V

Al rematar este breve ensayo sobre la poesía de Roberto Ibáñez, queda en mí sensación de vida interior y de exactitud que se me antojan virtudes máximas de este poeta de facetas llenas de interrogaciones. No está resumido en lo escrito cuanto sugiere la lectura de *Mitología de la sangre*. Pero ojalá incite a estudiar la lección que ofrece. Porque es una de las más nobles lecciones de la poesía contemporánea de la América Latina, una de las más personales, difícil de superación.

## 6 poemas de Roberto Ibáñez

(Sacados de *Mitología de la Sangre*. Montevideo. 1940).

### Parábola del poema

*Era la rosa. Era mi mano. Era  
el espejo color de eucaristía,  
nube de pie, delgada lejanía,  
pálido túnel de la primavera.*

*El espejo bloqueaba su frontera  
y ascua de plata con la rosa ardía.  
Muerta la flor, en el cristal nacía  
y en mi mano aromaba, espejo afuera.*

### El increíble niño que yo fui alguna vez (Leyenda de mi sangre)

*Por aquel increíble niño sacrificado  
que aun defiende en las nieblas de mi sangre  
[su faz:  
Segadora de párpados, luz de manos ubicuas,  
¡déjame, con sus ojos sin olvido, llorar!*

*Congregaba palomas en las torres del día.  
Izaba en un suspiro su sueño matinal.  
Calesitas de nubes y horizontes dorados  
tripulaban sus ojos en el viaje inicial.*

*La mañana era suya y en sus dedos se abría.  
¡Qué fácil el olvido y qué simple la sed!  
La brisa, árbol de vuelos, nacía con raíces  
de música en su oído maravilloso y fiel.*

*Sangre y azogue: sigiloso nudo.  
Pudo mi mano rescatar su aroma,  
salvar su imagen el espejo pudo.*

*Quien no ardió con la rosa, indaga en vano:  
mudo hallará el espejo a que se asoma  
y extranjera la fiesta de mi mano.*

*O al viento del espejo su frente navegaba  
jugando a las distancias con párpados de miel...  
O se iba por el río, marino de riberas,  
nevando la corriente con barcos de papel...*

*Cielos recién nacidos... Niñez del agua... El mundo  
cabía en la sonrisa de una acera con sol.  
Apenas si tenían su edad la luz y el viento.  
Medía con su puño rosado el corazón...*

*Pero lloró una tarde, mirando los caminos,  
porque pensó que nunca los vería llegar:  
almirante de flores, capitán de luceros,  
la ausencia entre sus sienes comenzaba a golpear.*



Hoy lunes de agonía su soledad consulta...  
Entre olas de mercurio, jadeante nadador...  
Adultas lejanías le cavan en los ojos...  
Tatuados espejismos guerrean en su voz...

Ardua la sed, que exalta con sobrenaturales  
vinos de profecía, sus labios flageló.  
Aun está, niño trágico, jugando con la muerte  
entre incendiadas nubes, solitario aviador...

Su frente, salamandra fallida del espejo,  
en la llama de hielo pálidamente ardió.  
Y quiebra el fronterizo cristal desmemoriado  
que nunca las imágenes felices devolvió.

Lleva la muerte adentro, asomada a sus sienes  
Le gritan las raíces su insomnio de metal.  
Por iguales caminos su soledad se enfía:  
repite los lugares con memoria fatal.

Ay, aquel increíble niño sacrificado  
en que empezó a morir sin conocer la muerte.  
Ahora lo ve, entre muros de soledad, velado...  
¡y aguarda a que despierte!

### Rehabilitación de la muerte

Aladino, entre gemas, sostenía  
poblada mano y corazón desierto.  
Sin sueño y sin amor el pecho abierto.  
Solo y errante en la ciudad vacía.

Su inaccesible soledad medía  
la planta viva en el camino muerto.  
Entre memorias pálidos despierto,  
y una inmortalidad sin alegría.

—Mi sangre impar, amor y muerte quiere,  
la sed que un sorbo inalcanzable expía,  
la carne heroica que besando muere...

Cuando su sombra revivió en el muro,  
destituyendo al dios que lo afligía,  
frotó, para morir, el bronce oscuro.

### Rehabilitación del azar

(Segando manos llega a las del poeta la perdida lámpara de Aladino).

Sensitivo horizonte de la mano,  
piel de la maravilla, luz en celo,  
máquina festiñal de voz y vuelo,  
salamandra de hambriento fuego humano.

Rehusé desde un sediento meridiano,  
la impar semilla y su inmediato cielo,  
con tenaces jazmines en desvelo,  
y orgullo de morir, y pecho vano.

—Cenit de sombra, pausa de alegría.  
En un adiós interminable, creo  
sangrada estatua o musical escombros.

Y tu metal exacto aboliría,  
ascua lunar, el sismo del deseo  
y las vagas comarcas del asombro.

### La gaviota muerta

Apenas carne, casi toda vuelo,  
jazmín mordido por la noche, oías  
el llamamiento de las lejanías,  
cuando sentiste inexplicable el cielo.

Para poblar sus ojos en desvelo  
a los ahogados nómades seguías.  
Criatura de las olas, morirías  
sin muerte marinera, en turbio suelo.

Gaviota del invierno sobre el césped  
donde sin vida tu blancura exhalas,  
de mi solar inesperado huésped.

¡Qué remota la unánime sonrisa  
del mar bajo tu pecho abierto en alas,  
ascua de espumas que pulió la brisa!  
(1939).

### Latitud de una noche Cinematografía onírica

3

La noche pide o roba sus ojos a los muertos  
y una gelatinosa pirámide organiza.  
Con hambrientos caballos  
la acomete y derriba.  
Y ruedan a mis plantas los desprendidos ojos  
con un rumor aguado de manzanas podridas.  
¡Mas no tus ojos, padre, que repito en los míos!  
¡Ah, tu frente perdida  
y tus ásperas manos que retener no pude  
cuando para salvarte ofrecí mi agonía!

Gracias, porque me diste la niñez y la muerte,  
la canción y la brisa.

Besaría mis huesos para poder hallarte.  
Para volver a oírte, mi sangre apagaría.

## Un poema de tu nombre

(En el Rep. Amer.)

Mamá, tú eres humilde;  
sencillamente humilde. Yo te miro  
y es tu sér tal como la yerba firme,  
el agua, el sol, la tierra que nos hizo.

Tú no puedes entrar en estos versos  
porque eres infinita,  
lo mismo que la historia de los ríos  
que bañan una tierra bendecida.  
Me complazco tan sólo en homenajes  
de recogerte en mil evocaciones  
para sentirte más profundamente  
cuando digo el poema de tu nombre.

En nuestra vieja casa de cien años  
todo tiene el sentido de tu vida:  
Las paredes de adobes, la teja gris,  
la guaria en los tapias,  
la sal, el comedor y la cocina.  
A mis ojos de niño  
tu imagen aparece en todas partes  
dulcemente tranquila y hacendosa:  
estás en el espejo, con donaire  
de tus lindos vestidos de domingo,  
o bajo los frutales  
de aquel huerto de luz de nuestra casa  
al caer sigiloso de las tardes:  
los bajos limoneros con limones,  
los granados en flor, y los naranjos  
en donde nos enseñan cómo anidan  
en pluma blanda los gloriosos pájaros.  
Es la fruta mejor  
la que tus manos parten  
y nos obsequias, fresca, en sus azúcares,  
sobre tu limpio delantal bordado.  
Estás en cada flor  
de aquel jardín de canto,  
que era el jardín de la sin par Doñana;  
tú nos decías los nombres de milagro:  
clavellinas, claveles y dondiegos,  
miramelindos, corazóntranquilo,  
aladeángel, begonias y geranios;  
tú, la herborista de las yerbas buenas:  
menta, ruda, romero y albahaca,  
malva de olor, llantén, espuela  
de caballero, orégano y culantro.  
Así, tú eres leyenda  
de frescas hierbas y de lindas flores,  
leyenda de un jardín, de un huerto claro,  
en las mañanas de un abril de entonces.

Sí, tú llenas  
las mañanas gozosas de mi infancia:

el fuego más alegre, el primer fuego,  
es un recién nacido, en tu milagro,  
del fogón con el alba ya despierto.  
A modo tú de diosa  
de la limpieza, llevas como cetro  
la escoba que va en danza por la casa  
dando un duro concierto;  
la escoba que hace huir a los murciélagos  
y que en el aire de oro  
rompe la telaraña de los cuentos.  
Reina del jabón y del agua en las mañanas,  
y de la luz,  
porque abres las ventanas  
y tu imagen  
tiene por fondo el árbol más vecino  
con sol de miel, donde el yigüirro canta.  
Luego es tu voz, llamando a las gallinas,  
tu voz oliendo a pan de la canasta,  
tu voz bajo las ropas ya tendidas,  
tu voz subiendo al cielo de la gracia.

Está, como en un juego de fulgores,  
en esta tierra, tu bondad sencilla:  
tú haces ángeles de alas transparentes  
que van a nuestra vera día tras día;  
en los camellos de los Reyes Magos  
vienen tus dones a la Epifanía;  
de manteca y de miel tu mano colma  
la cesta de oro de Caperucita.  
Con artes de abadesa  
dispones los sabores más exactos:  
el tamarindo, el cas, o los limones,  
en los días calurosos del verano;  
harinas y azúcares y especias  
sus secretos te han dado;  
los rulitos de dulce los colocas  
en las brillantes hojas del naranjo  
y sabes madurar al sol de abejas  
el sabroso racimo de los plátanos.  
Yo pienso algunas veces que de veras,  
en aquella casita me he encontrado,  
en la Casa de Miel y de Torrejas  
con techo azul de caramelos claros.

Te oigo de noche, en una noche larga  
aplanchando mi ropa, al golpe lento  
y acompasado de tu negra plancha.  
Veo la pequeña sala y los dibujos  
del papel, con pastoras y con barcas;  
veo la argentina rueda de tu máquina  
de coser, incansable,  
y las tijeras y el dedal de plata,  
y los remiendos en mis pantalones

**Dr. DAVID ESCALANTE C.**

MEDICO Y CIRUJANO  
DEDICADO A ENFERMEDADES DEL  
APARATO RESPIRATORIO  
GABINETE ELECTRICO Y CONSULTAS  
CONTIGUO "HOTEL CONTINENTAL"  
Domicilio: Esquina C. 17 Este y 9ª av. Norte.  
Consultas: 8 a 10 a. m. —



# Dr. E. GARCÍA CARRILLO

ELECTROCARDIOGRAMAS  
METABOLISMO BASAL  
RADIOSCOPIA

CORAZÓN - APARATO CIRCULATORIO

Consultorio: 100 varas al Oeste de la Botica Francesa

TÉLEFONOS: 4328 y 3754

y tus dos manos como un cuento de hadas.  
A la luz de oro de la vela blanca,  
que llora estalactitas congeladas,  
estás con aquel libro de oraciones  
el de letras de plata entrelazadas:  
la D, la E, la S;  
decorando las tapas,  
cuadrados de cielo en concha nácar.  
Y entre mis sueños, en las foscas noches  
de temporal, yo siento el amoroso  
desvelo tuyo, viendo que las puertas  
no se golpéen y queden bien cerradas,  
que la gotera vierta el terco lloro  
de su tis-tas monótono, en el balde,  
que nuestros pies, tocados por el frío,  
estén bien cubiertitos por las sábanas.  
Tu nocturna presencia era reposo,  
seguridad de sueño; firme amparo  
contra la oscuridad y los ladrones  
de Alí Babá, la Bruja y los Enanos.  
El pueril ventanal que da a este mundo,  
con tu imagen de fe, se me ilumina:  
en tu voz tiene acentos de leyenda

el teológico hablar del Catecismo.  
Con tus joyas escasas y discretas,  
engalanada en fiesta de domingo,  
de la mano me llevas a la misa  
y te siento orgullosa de tu niño.  
Te veo también en tu viudez severa  
de luto rígido,  
dulce y grave a la luz de las plegarias  
ante el altar de nuestro Crucifijo.

Desde mi asombro escucho cómo arras,  
entrada ya la noche en los eneros,  
la estrellada leyenda  
que esclarece los cielos:  
los dos ojitos de Santa Lucía  
y las Siete Cabritas, a lo lejos;  
el Arado y la Cruz, ¡esa Cruz sola,  
inmensa Cruz de cándidos luceros!  
Y así tú estás profundamente anclada  
en la urdimbre celeste de lo eterno  
para mi corazón, que no comprende  
sin ti, las altas luces de los cielos!

Costa Rica, 1942.

Carlos Luis Sáenz

## Ensueño y nostalgia

(En el Rep. Amer.)

Al niño Fernandito Aguilar Koberg.

Niño  
—palacete de ensueños  
en un parque florido—  
te contemplo,  
veo tu corazón de lirio,  
¡tu corazón!  
fruto eucarístico,  
sin larvas que le roan la pulpa,  
lejos de los cuchillos,  
sin canales de hiel  
ni huellas de cilicios.  
Te contemplo, nostálgico,  
y te envidio.

En tu cerebro errante,  
que marcha por rutas de colirio,  
por sendas ilusorias  
y oscuras al destino,  
vuelan impacientes golondrinas  
y se elevan las torres de un castillo,  
entre ramajes tiernos donde florecen  
los capullos, las alas y los nidos.  
En él murmuran fuentes  
y chapalean los ríos;  
los robinsones viven sus aventuras,  
sin lazos femeninos,  
mientras Pinocho bosteza ya  
de hastío.  
¡Qué desfile de luces clava tus horizontes  
con dardos inconstantes y distintos!

Niño,  
flor que anhelas ser fruto,  
fruto que ignoras tu destino,  
espiga que sueñas ser harina  
sin saber cómo estrujan los molinos;  
tú, que ya deseas rasurarte,  
que ves la llave de la casa en tu bolsillo,  
cambiamos,  
troquemos nuestros espíritus:  
yo poseo las alas que tú llamas libertad  
y los filósofos libre albedrío.  
Cada día, por mi rostro,  
pasan los filos  
de las navajas  
—qué fríos—  
cortando, podando a flor de cutis  
oscuras gramas y cárdenos espinos,  
para ser como tú, para llegar a ti,  
sin conseguirlo.  
Yo tengo lo que buscan los ángeles  
de tu ensueño florido.

Con gusto aceptaría la colección de objetos  
que colman tus bolsillos  
y nutren de fantasías  
tu espíritu.  
Mi añeja golosina te daría  
por ese cordelito,  
por el trompo de roble,  
por ese cortaplumas sin filo,

por tus canicás, tus cromos,  
tus chumicos...  
Por tu Pegaso de palo cambiaría  
mi Rocinante lírico,  
tan flaco, tan cansado y sin caminos...  
Sí,  
te cambio mi libertad, amigo,  
por tu cárcel de ensueños,  
por los grillos  
del maternal cuidado,  
por la prisión de los albos cariños.  
Permuta de corazones:  
dame tú la ciruela jugosa,  
no roída por gusanos malignos,  
a cambio de mi cas agridulce,  
y partido.

A ti yo volvería sin vacilar,  
oh niño.  
¡Qué importa desandar  
mis tortuosos caminos!  
Toma, coge el oro y la plata  
—mi capital pálido y amarillo—  
ganados con angustias  
y martirios;  
pero dame, dame los objetos "sin valor"  
que enriquecen tus bolsillos  
y constituyen, oh criatura,  
los tesoros más brillantes y legítimos.

Arturo Agüero Chaves

Costa Rica, agosto de 1943.

*Chlorocid*

Tabletas a base de cloro orgánico para desinfectar el agua de bebida.

Una o dos tabletas en un litro de agua la dejan estéril a la media hora de contacto.

En frascos de 50 tabletas para esterilizar 50 ó 25 litros.

Laboratorios PAN ANDINOS.  
Director J. CUSI, farmacéutico  
San José, Costa Rica

Apartado 1351

Teléfono 2250

## LECCIONES DE HOMEOPATIA

(En dos partes)

Por el Dr. Ricardo Pérez Cabrera,  
M. D. — 1ª parte: **Patogenesias.**

2ª parte: **Indicaciones terapéuticas**

Precio de la obra: U. S. A. \$ 2.00

Diríjase al Adr. del **Repertorio Americano.** Letra X. San José, C. R.

Si Ud. reside en la Rep. Argentina,  
pida la suscripción a esta revista a  
la **AGENCIA INTERNACIONAL DE DIARIOS**

A. Barna e Hijo — Buenos Aires  
Lavalle 379 - U. T. 31.  
Retiro 4513



## Cuaderno de notas Sobre el trabajo

Por Alfonso Reyes.

(Es un recorte de *El Nacional*, México, D. F., enero 7 de 1940. Atención del autor).

Observa Mauriac que los verdaderos anarquistas, los anarquistas en estado puro, aquellos cuya sublevación no reconoce por fuente ni la miseria, ni el odio, ni la envidia, se encuentran más comúnmente en los salones que entre el pueblo. Es una manera indirecta de decir lo que, en pocas palabras, puede expresarse así: el verdadero anarquista es el holgazán. Por eso la holgazanería lo disuelve todo y lo primero de todo, la moral. Cuando un accidente del motor detiene, en mitad del campo, a una partida social de mediana educación y pasa el tiempo y no queda más que esperar, las costumbres mismas, corroídas del ocio, tienden insensiblemente a relajarse. Hay trabajadores e idealistas que se creen anárquicos sin serlo. No puede ser anárquico el hombre capaz de esfuerzo y de sacrificio. Yo no podría llamar anarquista a ese viejo sublime que parece arrancado a una página de Galdós, personaje hecho para el monumento y para el poema hasta por el nombre que le cupo en suerte: Mauro Bajatierra. Cuando entraron en Madrid las primeras tropas de Franco, este Mauro Bajatierra—que se decía anarquista—salió con su rifle a la calle, peleando solo contra todos, y cayó envuelto en el sudario de la República.

El trabajo, que empieza por ser la maldición bíblica, que en la antigüedad sólo corresponde a los esclavos y es por mucho tiempo—como para el hidalgo viejo—cosa impropia del noble, se dignifica paulatinamente hasta convertirse, con la palabra de Pierre Hamp, en el nuevo honor. El íntegro y sabio Benedetto Croce afirma en alguna parte que el verdadero sentido de la vida no está en el placer, ni siquiera en la felicidad, sino en el trabajo. La felicidad, en efecto, es un sub-producto. ¡Ay del que la busca directamente! Ante el suicidio de cierto enamorado del mundo, cuyo caso analizaba yo en algún libro, me escribía Unamuno: "Esos que aman la Vida, así con mayúscula, acaban suicidándose".

Ahora que sólo se acostumbra hablar del trabajo en especie de materialismo histórico, como si el trabajo fuera sólo un problema de organización social (y claro está que también lo es y que hay que atacarlo urgentemente), no estaría de más concentrarse a reflexionar sobre el trabajo como cosa moral, o como "vivencia" psicológica, según creo que se dice.

En cierta reunión de supra-realistas, en no sé qué teatro de París (donde, por cierto, me hacían sonreír la falta de auténtico humorismo y la puerilidad de aquella gente, habituada como yo estaba a las explosiones de gozoso capricho que a cada rato estallaban en el Ateneo de Madrid) alguien habló de la dignidad del trabajo, y otro le gritó desde el público:

—¡El trabajo no tiene dignidad! ¡El trabajo es una porquería! ¡No hay que trabajar! ¡Abajo el trabajo!

Y André Breton, jefe de los supra-realistas, dice en su *Nadja*:

—Y que no me vengan, después de esto, a hablar del trabajo. Quiero decir, del valor moral del trabajo. Me veo forzado a aceptar la idea del trabajo como una necesidad material y, en este sentido, soy el más ardiente partidario de que se procure su mejor y más justa repartición. Que las sinientras obligaciones de la vida me lo im-

pongan, sea; pero que me pidan que crea en él y lo adore, en mí o en los otros, eso jamás. Prefiero saber que camino entre sombras, a engañarme solo figurándome que eso es la luz del día. De nada sirve vivir si hay que trabajar. Aquel magno acontecimiento del que todos tenemos derecho a esperar la revelación de nuestra vida, ese acontecimiento que acaso no ha llegado aún para mí, pero en cuya trayectoria me busco a mí mismo, no puede merecerse al precio del trabajo.

En fin, que como dice la chuscada española, "el que inventó el trabajo no tenía que hacer".

Leopardi declara en sus *Pensamientos* que considera la felicidad como propia del estado de naturaleza y como imposible para el civilizado. Que éste, habiendo desarrollado irremediabilmente su sensibilidad y, por consecuencia, su percepción del dolor, lo mejor que puede hacer es buscar pasto a esa sensibilidad aturdiéndose de trabajo, como lo hace la civilización europea. Lo que me recuerda los últimos años, tan tristes, de Francisco A. de Icaza: se le veía siempre trabajando; iba de una en otra imprenta con las pruebas en el bolsillo y las corregía hasta en los cafés, entre charla y charla.

—El trabajo—se disculpaba—es mi opio.

Aldous Huxley hace hablar así a los personajes de su novela:

—El primer paso sería lograr que la gente viviera de un modo doble, en dos compartimentos: en uno, como trabajadores industrializados, y en otro como seres humanos. Idiotas y máquinas durante ocho horas de las veinticuatro y verdaderos seres humanos el resto del tiempo.

—¿Y no es esto ya lo que hacen todos?

—¡Claro que no! Viven como idiotas y má-

quinas todo el tiempo, lo mismo en el ocio que en el trabajo. Idiotas y máquinas que se creen civilizados y hasta dioses. Lo primero es hacerles entender que, durante las horas laborables, no son más que idiotas y máquinas. Lo que hay que decirles es esto: supuesto que nuestra civilización es lo que es, no hay más remedio que pasarse ocho horas de cada veinticuatro como algo intermedio entre el imbécil y la máquina de coser. Sé que es muy desagradable, que es humillante y repugnante. Pero no hay otro remedio, ya que sin esto todo el edificio de nuestro mundo se vendría abajo y, todos nos moriríamos de hambre. Por eso tenéis que trabajar estúpida y mecánicamente y pasar después las horas de ocio como hombres y mujeres verdaderos, más o menos complicados según el caso. No mezcléis las dos vidas; mantened el tabique que las separa. Lo único de veras importante es vuestra vida auténticamente humana en las horas de ocio. Lo demás es una inmundicia que es fuerza cumplir. Y no olvidéis singularmente que es inmundicia, y que si no fuera porque sirve para alimentarnos y para mantener intacta la sociedad, no tendría la menor importancia ni la menor relación con la vida humana. No os engañen esos canallas que, en lindos discursos, hablan de la santidad del trabajo y de los servicios cristianos que la gente de negocios presta a sus semejantes. Todo esto son meros embustes. Vuestro trabajo no es más que una tarea desagradable y repugnante, que desgraciadamente es necesaria por culpa de nuestros antepasados. Han acumulado una montaña de inmundicias y fuerza es trabajar ahora con azadón y pala, para poco a poco ir deshaciendo y evitar que acabe de envenenarnos; fuerza es que trabajéis, maldiciendo de paso la memoria de los insensatos que han creado la necesidad de ese trabajo obligatorio... Reconoced que se trata de algo infecto, tapaos las narices, trabajar las ocho horas y concentraos después para ser verdaderos entes humanos, auténticos y completos. No lectores del periódico, no aficionados al ajedrez, no marítimos de la radiofonía. Los industriales que dan a las masas diversiones "estandarizadas" y fabricadas en serie, están esforzándose por convertirnos en unos imbéciles mecanizados, tanto en vuestros esparcimientos, como en vuestro trabajo. No hay que dejarse. Hay que esforzarse por ser humanos. Esto es lo que hay que decir y enseñar a la gente. Hay que convencerlos de que esta magnífica civilización industrial no es más que un mal olor, y que la verdadera vida, lo que significa algo, sólo puede darse lejos de aquélla. Mucho ha de pasar antes de que puedan conciliarse una vida limpia y el hedor industrial; aun puede que sean inconciliables. Está por ver. Entre tanto, no hay más que atacar las inmundicias pala en mano y soportar el olor estoicamente, tratando, en los intervalos, de hacer una vida verdaderamente humana.

—Es un buen programa. Pero no espero que le dé a usted los votos en las próximas elecciones.

—Sí, ahí está la cuestión. Todos se pondrían en contra. Porque lo único en que todos están de acuerdo, conservadores, liberales, socialistas y bolcheviques, es en la excelencia intrínseca de la peste industrial y en la necesidad de suprimir, por la "estandarización" y la especialización, toda huella de virilidad o feminidad en la raza humana...

No olvidemos que han hablado los personajes de la novela y no el autor en primera persona. Es evidente que en todo esto se mezcla la noción del trabajo con cierto resentimiento, tan justo como rencoroso, contra la explotación indebi-

## SEGURO DE EDUCACION

**Este Seguro GARANTIZA LA  
EDUCACION DE LOS HIJOS**

**La Educación es la única herencia  
real y verdadera que un padre puede  
dejar a su hijo.**

**Sírvase consultarnos su caso  
particular.**

**Estamos a sus órdenes.**

**Banco Nacional de Seguros.**



da del trabajo y contra los errores sociales. No confundamos el alimento con la digestión, el vino con la borrachera. Si prescindimos por un instante de lo que hay en todo esto de problema político, para sólo concentrarnos en el sentimiento profundo con que se acompaña el trabajo, todos caemos en la perogrullada de decir que hay trabajo que nos gusta y trabajo que nos disgusta; que el primero es alegría y dolor el segundo. Al primero hasta lo llamamos juego y no trabajo.

Aquí de la vocación. Por desgracia el hombre no vive siempre conforme a su vocación. Por desgracia, también, hay una reacción de pereza a la sola idea de obligación, propio traslado psicológico de la inercia en los estados mecánicos. Hasta los espectáculos—solaz para todos—son tortura, por obligatorios, para el inspector de espectáculos.

Entonces no nos queda más que sobreponer nos a esta reacción con la alegría ética, luz de otras esferas.

El reaccionario y monarquista católico León Daudet (perfectamente, se le puede citar, yo tomo mi bien donde lo encuentro), furibundo contra Zolá, escribe así:

"Finalmente, tenemos el himno al trabajo que, después de Zolá, han vuelto a entonar no pocos holgazanes, sobre todo entre los políticos. Yo creo haber trabajado mucho en mi vida. Pero nada me parece más absurdo que esta concepción del trabajo anestésico, destinado a hacer olvidar el dolor de vivir. En cuanto a mí, el trabajo, cualquiera que sea, intelectual o manual, me parece que no podría ser sino una función de la alegría, una salida del ritmo acumulado en ese transformador

de lo cuantitativo en cualitativo que es, en definitiva, la máquina humana. La más magnífica concepción del trabajo fué la de la Edad Media, que hacía de él una derivación o prolongación de la plegaria, concepción a la que debemos las catedrales, y que todavía se conserva preciosamente en la Bretaña, la Provenza y Saboya. No hay trabajo mediocre ni humilde; pero todo trabajo realizado sin alegría es una horrible esclavitud y se resuelve en sublevación y dolor para la sociedad".

Y, para acabar estas notas, el hermoso pensamiento de Whistler: el trabajo borra las huellas del trabajo. Gran precepto de la higiene mental, debieran recordarlo siempre los artistas. Hay que hacer la casa y después quitar los andamios. Pero, ¿quién se atrevería a afirmar, en nuestro tiempo, que no ha concurrido a exposiciones de andamios, que no ha leído libros de andamios? Si fuera posible transportar este consejo técnico a la moral, diríamos que hay que trabajar hasta borrar con el trabajo el dolor mismo del trabajo. ¿Será posible? No nos estamos ya enredando en un laberinto de palabras? El extremo se ha reducido a saber si la felicidad puede darse como estado constante. ¡Ay! El hombre nace presto para el dolor. Apenas, sí, tiene una aparato hereditario de transformación y resistencia cuya pieza principal es el gozo. Y nada más. No se culpe del dolor humano al trabajo, que al menos ofrece la alegría de las realizaciones, de las obras logradas, deleite propio del creador. Cuando el trabajo se hubiere abolido, el dolor levantará otra vez su cara implacable. Como el duende de Heine, el dolor se muda de casa con el amo.

## El mango era celaje

(En el Rep. Amer.)

El indio estaba enamorado.

La novia caprichosa le exigió imposibles.

El hizo milagros para complacerla. Bajó con su flecha el blanco gavián que volaba muy alto, en dirección al abismo que pone temblores al hombre más ágil. Y fué tras el gavián muerto, bajando hasta la sima, asido a los bejucos y a los salientes de la roca. Y volvió triunfador con el gavián en la mano, a ponerlo a los pies de la india caprichosa.

De noche hirió en pleno corazón al tecolote agorero que pasaba anunciando la muerte de algún hombre malo.

En el corazón, decíale ella.

En el corazón clavó el indio la flecha.

Con placer felino vió la india al cazador sacar la flecha del corazón del tecolote.

—Quiero un celaje, dijo ella una tarde, indiferente, despectiva, como quien no pide nada.

Palideció el enamorado... Tembló él— que fué siempre valiente—, y miró a la india con fiera.

—Un celaje, dijo la verdugo, mientras seguía el vuelo de una alba nube.

¡Un celaje! —repitió él.

Un día, dos días, diez días...

El gran flechador ha disparado mil veces el arco. Horadó nubes, hirió celajes, pero ninguno llegó hasta el suelo, moribundó. Los vió sangrar. Nada más.

¡Un celaje!

—¿Cuándo? —musitaba la india.

—Luego! —respondía, enfurecido, el cazador.

Mil, diez mil, cien mil veces, fué la flecha a clavar en los celajes.

Los celajes sangraban, pero no caían.

El mango sabía el secreto, mas deseaba saber hasta dónde el cazador era capaz de esfuerzos. Conocía el mango la terquedad del indio y quería probarlo una vez más.

Desde el amanecer hasta caído el sol, avizoraba el horizonte el indio, en busca del primer celaje. Y salía silbando la flecha... y no volvía más...

Los desvelos, el hambre y el amor agotaron al indio y se durmió una tarde bajo el mango. Rió el árbol. Sabía el secreto y en secreto le ayudaba al indio enamorado.

Las nubes conocían el capricho de la india, y sabían dónde estaba aquella tarde el flechero enfermo de amor.

Una nube, la más chiquita, la más bonita, la más coqueta, la más curiosa, bajó hasta la cola del mango a mirar al indio que dormía.

Cazó el mango a la nube, y cuando el flechador despertó, el mango reía.

—Toma—le dijo.

El cazador fué en busca de la amada caprichosa.

—Aquí está el celaje.

Furiosa muerde la india el celaje. Pero al morderlo siente llena de miel la boca.

Muerde otra vez, furiosa, y otra vez se le llena de miel la boca.

Era el fruto del mango: era el celaje.

Francisco Luarca.

Costa Rica, 1943.

## Canción para Nina Onilova

(En el Rep. Amer.)

("Nina Onilova, Sargento femenino en el Ejército Ruso, ha recibido una condecoración. Nina es responsable personalmente, de la muerte de 500 soldados alemanes.—La Defensa, Quito).

(A David Vigodsky, en Leningrado, con mis recuerdos).

*Uva clara de América, laurel encabritado,  
Cristal de alta montaña, viento de raza y pueblo.  
Degollado Amazonas, cascada o pajarrera,  
Aquí pongo este canto por ti, Nina Onilova.*

*Ah tú, vikinga. Ah rústica hija de la Caucasia.  
Ah roja estrella virgen calcinada en la guerra.  
Del humo de tu rifle surgen niños futuros,  
Y está ácida en tu sangre la paz, Nina Onilova.*

*Quinientos alemanes te enmedallan el pecho.  
Quinientos asesinos colgando en tu cabello.  
Quinientos lobos te aúllan: pulverizas quinientos  
Y abres tu flor de música en tu risa, Onilova*

*Sonrosadas campanas de plata huracanada,  
Tus pies son pies de luna corriendo las estepas.  
Capitana sin miedo, salvaje maravilla,  
Para tu estatua hay mármol en Berlín, Onilova.*

*Rolando, Juana de Arco, te gritan. Y Sigfrido.  
Cabalga hacia él y dale los cofres de tu pecho:  
Allí las balas duermen, allí zumban los hijos,  
En él está la aurora de tu Rusia, Onilova.*

*Aurora de tu Rusia. Aurora de mi Rusia.  
Nuestra Rusia, la nuestra, porque es nuestro el*

[futuro.

*El Profeta de Pathmos y el Libro de los Sellos  
Quémanse en los almiáres de tu frente, Onilova.*

*Tienes un pie en la sombra y el otro pie en el alba.  
Senos, torres de azúcar, vuelan sobre las botas.  
Gorro de piel te ciñe la sien, como la noche,  
Y estás embanderada de pueblos, Onilova.*

*Vikinga de Caucasia, mis ojos de honda América  
Aún miran en tus labios quemarse Stalingrado.  
Dame tus carcerinas, dame un fiel compañero  
¡y a un bosque de centellas condúceme, Onilova!*

César Andrade y Cordero

Cuenca, Ecuador, 1943.

Solicite esta revista a la  
Srta. MATILDE MARTINEZ  
MARQUEZ (Libros)

La Habana Cuba - Apartado 2070  
Teléfono Fo. 2539.

**OCTAVIO JIMENEZ A.**

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 varas al O. de la Tesorería  
de la JUNTA DE PROTECCIÓN SOCIAL

TELEFONO 4184  
APARTADO 338



EDITOR:  
J. GARCÍA MONGE.  
CORREOS: LETRA X  
TELÉFONO 3754  
En Costa Rica:  
Suscripción mensual ₡ 2.00

# Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

DOS TOMOS: \$ 5.00  
Giro bancario sobre  
Nueva York  
EXTERIOR:  
UN TOMO: \$ 3.00  
oro am.

## Noticia de libros

(Índice y registro de los que nos envían los autores, Centros de Cultura y Casas Editoras).

Señalemos primero la producción nacional, la que ha llegado a nuestras manos en los últimos meses:

Son cinco los folletos, y los edita en esta ciudad de San José la Junta Central, con el título general de "Opúsculos de la Junta Central". Los títulos:

- 1.—A los amantes de la libertad. Jesús prisionero.
- 2.—Contra la moral cristiana, la moral jesuita.
- 3.—Misa, ayuno, confesión.
- 4.—Al pueblo. ¿Quiénes son los liberales?
- 5.—Las garantías sociales.

Ricardo Fernández Guardia: *Morazán en Costa Rica*. Imp. Nac. San José, Costa Rica. 1942.

De la Asociación Bolivariana de Costa Rica: *Conmemoración centenaria de la solemne traslación de los restos mortales del Libertador Simón Bolívar a Venezuela*. 1842-Diciembre 17-1942. Homenaje patriótico. San José, Costa Rica, 1943.

Quino Caso: *Hormiguita Linda y Ratoncito Pérez*. Creación poética del popular cuento *La Hormiguita* de Fernán Caballero. 1942. San José, Costa Rica. Las ilustraciones son de Juan Manuel Sánchez y la carátula de Ed. Laguardia.

Manuel F. Jiménez: *La Monarquía Universal*. Estudio presentado al Instituto da Ordem dos Advogados Brasileiros, Río de Janeiro, con ocasión de haberse incorporado el autor como Miembro Honorario. San José, Costa Rica. 1942.

El N° 1 de la serie: Vida y Salud, del Dr. Ricardo Pérez Cabrera: *Estudio mi aparato digestivo*. Apuntes fáciles y útiles sobre alimentación, higiene, anatomía y fisiología para escolares, de acuerdo con la escuela activa. San José, Costa Rica. 1942.

(¿Anda en manos de nuestros niños de las escuelas esta obrita útil...?)

• Ruben Yglesias Hogan: *Nuestros aborígenes*. Apuntes sobre la población precolombina de Costa Rica. Es la publicación N° 2 de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica. En las Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. San José de Costa Rica. 1941.

Del Prof. Centeno Güell: *La Escuela de Enseñanza Especial*. (Su origen, finalidad, organización y funcionamiento). San José, Costa Rica. 1941.

Joaquín Salazar Solórzano: *Raíz de selva virgen*. Poemas. Impreso en León de Nicaragua.

Con este poeta costarricense, de los jóvenes, hemos de volver. Sabemos lo que vale. Fijémonos en él.

José Pozuelo A.: *Por la patria y por el amigo*. Testimonio relativo a los hechos que culminaron con el definitivo y feliz arreglo del problema fronterizo entre Costa Rica y Panamá. San José, Costa Rica, 1943.

("Su relato está bien escrito. Con todo, vale más el hecho a que se refiere y la enseñanza que deja", son palabras de don Ric. Jiménez en carta al autor.—"una narración de testigo").

José Figueres: *Palabras gastadas*. Democracia, Socialismo, Libertad. San José Costa Rica, 1943.

("Y ahora, ¡pensamientos míos, a la bre-gal").

Alejandro Alvarado Quirós: *Ya se oyen los claros clarines...* Personajes y sucesos de la 2ª Guerra Mundial. San José, Costa Rica, 1943. (En su puesto de vigía, como siempre).

Mme. Gustave Michaud: *Poesies Francaises*. San José de Costa Rica. 1941.

Ciriaco Zamora: *La tierra para todos*. San José, Costa Rica. 1942. Los dibujos son de Juan Manuel Sánchez.

(Hay que fijarse en este libro).

Mariano L. Coronado: *La solidaridad humana*. (Conferencias dadas en la Universidad Central de Caracas, Venezuela). San José, Costa Rica. 1941.

Del Dr. Ricardo Pérez Cabrera, M. D. *Nociones de Homeopatía*.

En dos partes: 1ª: Materia médica; Patogenias y 2ª: Indicaciones terapéuticas. 1943.

Señalemos:

*Legislación de Aguas. Código Civil.*

*Ley de Aguas. Ley de Servicio de Electrici-*



dad y su Reglamento. Otras leyes relacionadas con la de aguas.

Edición acordada por la Junta Eléctrica y arreglada por el Director del Servicio Nacional de Electricidad, Lic. Horacio Castro R. 1942. San José de Costa Rica.

*La Escuela Normal en sus Bodas de Plata*. 1915-1940. Heredia, Costa Rica. Imp. Nacional.

(Fiestas, discursos, iniciativas. Otras crónicas).

En los Anales de la Universidad de Costa Rica. N° 4: *Guía de la Universidad de Costa Rica*. 1942.

Editada por el Decano de la Facultad de Derecho, Licdo. Gregorio Martín.

(Es verdad: guía, enseña este folleto interesante).

Acaban de aparecer en las ediciones de la Editorial LOSADA, S. A., Buenos Aires:

Benito Pérez Galdós: *La Fontana de Oro*. Edición especial, conmemorativa del centenario de Galdós (1843-1943). Prólogo de Arturo Capdevilla y un retrato del autor.

Emerson: *Los hombres representativos. El humanista americano y El joven americano*. (En un tomo). Traducción por Luis Echávarri.

En los cuadernillos *lilulí*, el primero: *Jornada del hombre*. Poemas. Por Guillermo Etcheberry. Ilustró Néstor. Buenos Aires. 1943.

("Lilulí", cuadernillos militantes de prosa y poesía, agrupa a jóvenes argentinos de pareja inquietud y ruta decidida").

Cartas: Caseros 828.19-8. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Por la Universidad de Buenos Aires: *Rodolfo Rivarola*. (Discursos pronunciados en el acto del sepelio de sus restos en el cementerio del Norte, el 11 de noviembre de 1942) I. Buenos Aires. 1943. (Envío de P. H. U.).

G. Alemán Bolaños trabaja. Recibimos el Cuaderno N° 6 de la serie de cuadernos de divulgación de la Obra de Rubén Darío para la Instrucción Pública. Son selecciones y opiniones de grandes críticos. Nos referimos a la que está dedicada a *Cantos de Vida y Esperanza* de Rubén Darío. Para la clase de Literatura de Universidades, Institutos y Colegios.

## El Traje hace al CABAlero

y lo caracteriza. Y la

## SASTRERIA LA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GOMEZ E HIJO

le hace el traje en pagos semanales, mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

## Especialidad en Trajes de Etiqueta

Tel. 3283 — 50 vs. Sur Chelles.  
PASEO DE LOS ESTUDIANTES

Sucursal en Cartago:

50 varas al norte del Teatro Apolo